



# **Cuando las carnes abundan**

**La emergencia de la obesidad como un problema de la cultura contemporánea**

Por:

Juan Carlos López Herrera

Directora:

Juliana Flórez Flórez

Maestría en Estudios Culturales  
Departamento de Estudios Culturales  
Facultad de Ciencias Sociales

Bogotá

2011

## Certificado

Yo, Juan Carlos López Herrera, declaro que este trabajo de tesis, elaborado como requisito parcial para obtener el título de Maestría en Estudios Culturales en la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Javeriana, es de mi entera autoría excepto donde se indique lo contrario. Este documento no ha sido sometido para su calificación en ninguna otra institución académica.

Juan Carlos López Herrera

Enero de 2012

A Clara M. Granados,  
quien padeció (pathos) conmigo  
este hermoso proceso y sacó de mi alma  
tesoros insospechados.

## **Agradecimientos**

Mi profunda e intensa gratitud a Clara M. Granados.

De manera especial a mis padres y hermanos por la cultura de la lectura, de la indagación, de la curiosidad y de la pregunta permanente, don sin el cual no sería posible la vida que hasta ahora me ha correspondido.

Mi respeto y agradecimiento a Juliana Flórez por su paciencia, disposición e interés; por enseñarme que los maestros son un obsequio de la vida cuya estima es invaluable.

Y, sin duda, mi agradecimiento para todas las personas entrevistadas, en particular con quienes me une el vínculo de vivir la experiencia de la obesidad. Con ellos avizoro el horizonte y siento que es posible la existencia sin el juicio y sin la angustia, la existencia en la resistencia.

La disciplina aumenta las fuerzas del cuerpo (En términos económicos de utilidad)  
y disminuye esas mismas fuerzas (En términos políticos de obediencia).

En una palabra: disocia el poder del cuerpo; de una parte, hace de este poder una “aptitud”, una “capacidad” que trata de aumentar, y cambia por otra parte la energía, la potencia que de ello podría resultar, y la convierte en una relación de sujeción estricta. Si la explotación económica separa la fuerza y el producto del trabajo, digamos que la coerción disciplinaria establece en el cuerpo el vínculo de coacción, entre una aptitud aumentada y una dominación acrecentada.

Michel Foucault (2005, p.142)

## CONTENIDO

<b>Introducción</b>	8
<b>Capítulo 1</b>	
<b>La Emergencia del Cuerpo obeso</b>	
1.1 El cuerpo, un pretexto para pensarnos	18
1.2 El cuerpo como categoría cultural	21
1.3 El cuerpo y los estudios culturales	23
1.4 Periodo de Entreguerras: La eclosión de la obesidad	24
1.5 Cuerpos ágiles y eficientes: Cómo se moldeó el cuerpo obeso	29
<b>Capítulo 2</b>	
<b>La medicalización de lo obeso: Prácticas médicas de control y limitación del cuerpo</b>	
2.1 Medicina y saberes expertos: El juicio terapéutico sobre el cuerpo obeso	33
2.2 Mi cuerpo ha pasado a la historia: una experiencia histórica de la obesidad	38
2.3 Ambigüedades de la intervención sobre el cuerpo obeso	41
2.4 Imaginarios de peso: Más allá de las dimensiones corporales el cuerpo obeso permanece como realidad	48
2.5 Zona de limbo: El desconcierto de vivir en un mundo hiperclasificado	51
<b>Capítulo 3</b>	
<b>Representaciones de la obesidad: el obeso y su significado</b>	
3.1 La importancia de Hall en el asunto de las representaciones corporales	53
3.2 Imaginarios, prácticas y representaciones en torno al cuerpo obeso	56
3.3 La obesidad como alteridad: escenarios de exclusión corporal	58
3.4 El consumo de la representación de lo bello y de la obesidad: mercantilización de la obesidad	64
3.5 Otro cuerpo para el cuerpo: adquiere y consume belleza	66

## **Capítulo 4**

### **Una obesidad sin angustia: resistencias y serenidad**

<b>4.1</b> El cuerpo obeso contradice la medida homogénea del sistema: Políticas de control y posibilidades de resistencia	69
<b>4.2</b> El cinturón del juicio y las resistencias de la obesidad	72
<b>4.3</b> Una obesidad sin angustia: La posibilidad de la serenidad	82
<b>Conclusiones</b>	86
<b>Referencias citadas</b>	93

## INTRODUCCIÓN

Porque *tuve* un cuerpo obeso hoy pienso desde otro lugar y en lo que en realidad significa la obesidad, y hago una travesía para llegar a la raíz de mis preguntas que es posible tengan sentido no sólo para mí sino para otros.

Soy filósofo y teólogo. De origen costeño, quehacer docente y con pasión por la comida, por lo retórico y lo erótico. Ahora estoy delgado - aunque mi madre diga lo contrario- debido a una cirugía de *bypass gástrico*. Desde pequeño, en el proceso de constitución mental y cultural he tenido que lidiar con dedos índices que me señalan delineando mis contornos: “*Te hice las costillas que te gustan, mijo, (...) pero estas gorrndo, ¡no comas tanto!*”. En la obesidad, como en todo lo humano, la ambigüedad es una pieza clave para interpretar los hechos, nunca nada es definitivo. La comida es un placer, pero que en *exceso*, parece costar mucho.

Es a partir del lugar de mi vivencia desde donde puedo hablar, allí radica mi parcialidad, intento hacer ontología histórica de un prototipo corporal, como dijera Oscar Moro: “*La ontología del presente es lo que Kant intentó hacer al responder a las cuestiones de la Ilustración y sobre la Revolución: se trata por lo tanto de una interrogación crítica que busca convertir en tarea filosófica la actualidad*” (Moro, 2006, p.78). De ahí que el quehacer de este trabajo se transforma en tema de estudio porque “*contamina*” de *situacionalidad* el quehacer del pensamiento. No es una simple denuncia o comentario sino una batalla ética y política en cuanto que hay una posición epistemológica que defender, la de la experiencia histórica del “yo”.

### ***El cuerpo polisémico: ni salvación ni condena***

Este cuerpo es, ahora más que nunca, un cuerpo para otros, uno sujeto del juicio. Y, aquí, llamo la atención sobre ciertos ecos de una metáfora cristiana que observo y percibo como un claro “juicio de los cuerpos”: cuerpos *salvos o condenados*.

La palabra *salvación* aludía en la tradición cristiana a la salud; salvado por Cristo, estar en salud. La medicina, como veremos a lo largo de este trabajo, en apariencia salva al obeso

de su pecado; la ciencia médica le prodiga las condiciones para salir de la convalecencia, para salir del pecado de la inactividad, para deshacerse de las carnes que le sobran.

La *condena* remite a ser anormal, a quedar excluido, en el infierno de la obesidad. El cuerpo obeso podría llegar a ser señalado como un objeto de condena o exclusión, de prácticas sociales que lo han denigrado, que lo han llevado a una esfera de la negación, de la imposibilidad de su existencia en cuanto que se le declara inviable, enfermo, decadente. Curiosamente el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española* (Real Academia de la Lengua Española, 2001) en su vigésima segunda edición, que es la vigente hoy día, en la octava acepción del término *condenar* dice: “Conducir inevitablemente a una situación no deseada. Ejemplo: ‘la vida sedentaria condena a la obesidad.’”

En cualquiera de los dos casos, la condensación de la no-obesidad como salvación o de la obesidad como condena, remite a la intención política de atrapar lo obeso en una esfera unívoca.

Ahora bien, esta metáfora que aparenta dualidad, como toda metáfora, tiene una *zona límbica*; entre una y otra, entre salvación y condena, hay múltiples zonas, intervalos. Aunque es una escritura binaria (salvación-condena) ella esconde aristas, zonas terciarias como el purgatorio o el limbo. La salvación y la condena no son condiciones estables; la condena es causa de placer y viceversa, es el más puro terreno de lo equívoco. Y de la condena se puede decir lo mismo.

Este trabajo se instala en esa zona límbica. Desde este lugar, se asume que el cuerpo obeso vaga en la ambigüedad, en una zona en la que salen y entran formas de establecer relaciones; donde puede haber resistencias, discriminaciones, placeres, dolores. Por eso mismo no es fácil clasificar al obeso; son muchas fuerzas y mecánicas que revelan que esta dinámica no se halla bajo el simple velo de lo blanco y negro. De ahí que, asumiendo la ambigüedad de la metáfora, me parece válida porque nos remite a lo cotidiano, es factible hallar en los lenguajes comunes la referencia a sentirse salvado o condenado por ciertas circunstancias, por imprecaciones o admiraciones.

Y en ese terreno de lo impreciso es donde mi propio cuerpo escribe y devela una serie de valores *de peso* que se han incorporado en mí. Mi cuerpo es una historia que se escribe, un

relato articulado a otras historias que recibe influjo de diversos procesos culturales que me permiten preguntar por el valor de mi cuerpo, de modo específico y particular. Entonces me pregunto ¿Cuánto vale un cuerpo obeso en el cielo? ¿Cuánto vale en la tierra? ¿Qué es más imprescindible *salvar* un alma o un cuerpo? ¿Todos los cuerpos valdrían lo mismo en el mercado de las miradas? Esa cuantificación es una nueva escritura sobre el cuerpo.

### ***La no inocencia de la ciencia***

No es mi cuerpo ni ningún otro ajeno a los discursos y a las narrativas. En el ayer del saber pesaba el discurso metafísico y religioso, hoy el de la ciencia. Pero la ciencia se ha convertido en otra metafísica pues también rige en términos de absoluto, utiliza palabras del anterior discurso (*salvar-condenar, salud-enfermedad*) y eso da otros valores y valoraciones al cuerpo, más cuando has sido operado y todo el conjunto de estas formaciones sociales ayudan a construir lo que pienso de mi cuerpo y del cuerpo de los demás.

La ciencia no es inocente, como insinúa García Hodgson en sus estudios sobre el binomio Deleuze-Foucault: *“La adopción de la técnica no es inocua, sino que su adopción implica una transformación subjetiva, pero no como aquella que se deriva de la asunción del goce [...] sino de aquella transformación subjetiva fundada en la destitución de todo goce y de la singularidad que éste instaura.”*(2006, p.44). La ciencia-técnica tiene un abordaje diferente al religioso, pero tiene el mismo peso metafísico que el de la religión; es decir no se admite discusión a la palabra proferida por la ciencia. La palabra del médico, como la del profeta, sana, según recuerdo de las promesas de mi proceso pre-quirúrgico. Aunque esto sea posible decirlo de otros gurúes, como los de la moda o de la imagen personal que profieren sus palabras sobre el cuerpo.

No es novedosa la crítica a la ciencia y su injerencia en el proyecto moderno. Válida es la crítica lacaniana, en este caso la que retoma el sociólogo Hernán Fair, que hace ver ese papel constituyente de la ciencia, como lo fue el de la religión en su momento: *“El discurso de la ciencia resulta crucial a la hora de constituir a los sujetos como tales”*, (2008, p. 2), lo hace desde el efecto del llenado, del completamiento del otro a partir de sus *deficiencias*, el *sujeto en falta* busca y la ciencia lo colma. Ahora, que lo que pida a la ciencia sobre mi

cuerpo no es absolutamente mío, no es totalmente original en la medida en que otras voces se mezclan con la mía y es la ciencia la que se encarga de darme lo que supone que yo necesito, pero que ella tenía preparado para mí antes de que considerara requerirlo.

Mi cuerpo hoy parece valer más porque se ha despojado de un montón de “carne inútil”. Gracias a la ciencia ha recuperado precio y tiene otro costo en cuanto que otros adjetivos le rodean: delgado, atractivo, ágil, productivo, etc. Mi experiencia no es universal, ni es la de todos los que han compartido la condición de la obesidad, pero es pertinente en cuánto que es testimonio de lo que significa llevar la connotación de la obesidad en el cuerpo. Situar mi posible conocimiento es el intento de superar los relativismos inasibles pero también el totalitarismo de ciertas pretensiones objetivistas de algunas tendencias en las ciencias sociales. Situar en un lugar concreto, epistemológicamente, es colocar a los estudios culturales en la dinámica de la transformación concreta de los espacios vitales en los que nos desenvolvemos.

#### ***Aportes de los Estudios Culturales al análisis de la obesidad***

Vengo de la teología y la filosofía, saberes que en primera instancia pueden considerarse metafísicos y especulativos. Más la teología que la filosofía. Siento que la teología me ha permitido preguntar por nuevas categorías de salvación, condena y de zonas límbicas. La teología me ha permitido relacionar nuevos discursos que aparentan cierto positivismo pero que están cimentados en el fantasma metafísico de la verdad absoluta e indiscutible. Desde la filosofía siento que se abren nuevos horizontes para hacer nuevas preguntas, preguntas sobre el cuerpo, sobre las fuerzas que configuran a los sujetos. La filosofía me ha permitido entender que son más importantes las preguntas que las respuestas.

El problema de la teología y de la filosofía es que sus preguntas pueden ser muy generales, pueden entender el cuerpo como una abstracción, más que como una cartografía como en los estudios culturales. Para mí no era viable preguntarme por mi cuerpo desde la filosofía o desde la teología porque era altamente probable que el asunto se quedara en generalidades.

En un momento dado la filosofía puede ser muy especulativa, pero la teología puede ser aún más limitante porque se queda en la dimensión de lo trascendente y se olvida de lo contextual y lo situacional. Sin embargo la filosofía apunta a un punto que es importante en

los estudios culturales. El de la ética como acto político, no hablamos de la obesidad por hablar; hablo porque tengo la intención de abrir una nueva forma ética de relacionarse con la obesidad y con otras formas corporales. Dado que las respuestas no son definitivas y en cambio las preguntas permanecen, aquí la filosofía se articula con los estudios culturales.

Doy esta discusión desde los estudios culturales dada la oportunidad que me permite de hacer anclajes desde diversas perspectivas y distintos saberes para tocar una realidad tan compleja como el de la obesidad. El uso político de la transdisciplinariedad, la apertura de saberes como la historia, la economía, la antropología permite nuevas elaboraciones. La politización de la teoría, que me permite, no simplemente denunciar una realidad, sino militar por la transformación de ella, máxime cuando yo mismo la he sufrido. Mis indagaciones no se soportan en la neutralidad. Busco en los estudios culturales la posibilidad de revertir significados que se han naturalizado, que se han estandarizado y que se transforman en verdades indiscutibles. Los estudios culturales son a su vez una práctica intelectual que no tiene pretensión de encontrar verdades definitivas, sino de abrir nuevas posibilidades, nuevas comprensiones y que permite *resignificar* ciertos conceptos que a su vez dan paso a discursos críticos y liberadores en donde hay prácticas sistemáticas de opresión. No se trata de teorizar, eso ya lo han hecho otros saberes, sino militar para transformar. Porque los estudios culturales *“No tienen(n) sentido sin una política de transformación social que permita la movilización de nuevos modos de existencia de las sociedades, idea que compartimos en absoluto”* (Garzón y Mendoza, 2007, p.14).

Los estudios culturales además, me han permitido tocar lo específico, sentir pieles y texturas que sufren, viven y gozan. Este campo tiene un acento específico en la emergencia de procesos históricos, como el del cuerpo obeso, aparición de algo que ya está pero que se visibiliza a través de las condiciones de posibilidad de ciertos momentos discursivos. Los estudios culturales reconocen lo múltiple, lo diverso. Aquí pretendo seguir a Santiago Castro-Gómez quien articula filosofía y estudios culturales abriendo nuevos horizontes de comprensión en los campos de discusión de las ciencias sociales.

### *Aspectos metodológicos*

Puedo reconocer sin mucha dificultad que la experiencia de ser mirado en clave hiperbólica es incómoda. No nos es ajena la idea de que es difícil gustarle a alguien si nuestras carnes cuelgan ni tampoco que la medicina puede salvarnos de esa condición enferma. Y sabemos que la ciencia no tiene un papel inocente en la fuerza de estas afirmaciones.

Ahora bien, qué es lo que sostiene en los distintos ámbitos del saber y en la cotidianidad misma esas ideas. En otras palabras: ¿por qué resulta tan molesta la obesidad? En este punto surgen preguntas como: ¿Cuáles son las condiciones a través de las cuales el cuerpo obeso ha quedado cooptado en discursos de exclusión y control?, ¿qué prácticas de control sostienen esa exclusión?, etc. Me pregunto ¿desde cuándo el cuerpo obeso es considerado un cuerpo *especial* por varios saberes pero más aún, por qué este cuerpo bien podría considerarse como un icono de los cuerpos que no entran en las categorías estéticas de belleza actual? Y ¿Ha existido siempre la obesidad?, ¿qué condiciones históricas se dieron para que apareciera el cuerpo obeso? Muchas preguntas, tal vez sin respuestas definitivas, pero que intentaré responder desde el camino que trazan los Estudios Culturales.

Atendiendo a la inquietud que genera este tipo de preguntas, el ***problema de investigación*** es: *¿por qué en este momento de la cultura contemporánea se agudiza la preocupación por la obesidad?* Me interesa interrogar aquello que tiene de obvio ese lugar de molestia de la obesidad para la cultura del siglo XXI y aterrizarlo al contexto colombiano.

De ahí que el ***objetivo general*** del trabajo sea identificar cómo el cuerpo obeso ha quedado cooptado en discursos de exclusión y control en la contemporaneidad productiva. Este objetivo persigue aportar desde el campo de los estudios culturales a la transformación de las prácticas políticas en torno al cuerpo obeso

Los ***objetivos específicos*** que serán desarrollados en los diferentes capítulos son:

- i. Indagar acerca de la formación histórico-cultural de la categoría de cuerpo obeso
- ii. Evidenciar las relaciones entre el discurso médico y las prácticas de exclusión del cuerpo obeso
- iii. Reconocer los procesos de representación que sustentan el discurso contemporáneo sobre la obesidad

- iv. Proponer las posibles formas de resistencia ante el discurso hegemónico de belleza y salud que excluyen lo obeso.

Para responder estos objetivos se acudió, tal y como lo permiten los Estudios Culturales, a una combinación heterodoxa de tres herramienta de investigación cualitativa.

- **Documentación/construcción de archivos.** He delimitado mis fuentes bibliográficas a través de lo que podría llamar como “estudios corporales” que van desde la Filosofía (Duch y Melich) hasta la antropología (David Le Breton). Pero estas fuentes toman su unidad en cierta dimensión foucaultiana sobre el estudio del cuerpo. Por tanto, utilizo a Foucault mismo y a ciertos autores que me permiten el ejercicio de desnaturalizar la obesidad.

Como pieza fundamental de lo anterior fueron una fuente de inspiración y de seguimiento, los trabajos sobre “la representación” y la “otredad” que hace Stuart Hall, quien es deudor de Foucault en el plano de lo político. También me inspiró la corriente libertaria de Michel Onfray para pensar en una obesidad sin angustia, ayudándome a su vez de Lacan y de Martin Heidegger.

De otro lado, utilicé documentación de portales web sobre medicina y estadística de intervenciones quirúrgicas. De la misma manera hice uso de fuentes periodísticas, tanto de internet como impresas para acercarme a las noticias que daban cuenta de la “epidemia” de la obesidad. En el trabajo también se muestran imágenes publicitarias que permiten comprender el giro que da sustento a la aparición de lo obeso, pero también publicidades que denotan la condición ambigua de lo obeso. Recurrí a notas periodísticas digitales que narraban noticias de otras aproximaciones al significado y construcción de lo obeso. Seleccioné portales de sociedades médicas de Estados Unidos y Latinoamérica que ofreciesen algunas “evidencias” a interpretar. Y por último, me remití a grupos de la red social *facebook*, que pudiesen darme ejemplos de resistencia y posibilidad de una obesidad sin angustia.

- **Entrevistas semi-estructuradas.** Entrevisté alrededor de quince personas, tantas mujeres y tantos hombres, de distintas edades (diez mujeres, cinco hombres con edades que oscilan entre 18 y 35 años), con diferentes ocupaciones (6 estudiantes, 11 personas trabajan), de zonas urbanas todas y que tenían algún tipo de relación

con la obesidad, ya fuese porque ellos creían que tenían problemas de peso o porque estaban considerando intervenirlos quirúrgicamente, pues esto redundaría en “arreglar” su problema de obesidad y por lo tanto, había una identificación con tal problemática.

Me interesó entrevistar personas que creyesen que la obesidad era un problema para ellos. Con ellos realicé una serie de entrevistas semi-estructuradas, de preguntas abiertas que respondieran al marco del paradigma cualitativo de la investigación, puesto que la información que me brindaban correspondía a datos no cuantificables y que no se pueden categorizar de manera absoluta pues son del campo de lo humano. Realicé entrevistas que me permitieran deducir el significado de ciertas experiencias sociales y culturales de lo obeso: la importancia del cuerpo en la familia, modelos estéticos hegemónicos, la presión social por adelgazar etc.

Entrevisté además, a dos médicos especialistas sobre el problema de la obesidad que posibilitaban inferir ciertas prácticas y conceptualizaciones en el mundo de la medicina, la relación con los pacientes, el criterio para delimitar lo obeso y el poder de la palabra médica que intervenía los cuerpos.

- Notas autobiográficas: he utilizado mi propia experiencia personal como fuente que permite captar y describir una problemática social en la que estoy inserto. Mis vivencias alrededor del tema posibilitan la comprensión de un momento puntual de la “visibilización” del fenómeno cultural del discurso sobre la obesidad. Apelo a lo autobiográfico asumiendo que mi conocimiento es situado, tiene una localización, mi experiencia no es totalizadora, pero puede crear una línea que de paso a una comunidad de sentido, de interpretación y de lucha ética y política.

### ***Conocimiento situado desde la experiencia de ¿ser obeso?***

Desde el punto de vista *epistemológico*, esta investigación invoca un conjunto de referentes teóricos y experiencias propias en cualquiera de mis enunciaciones, aún las más cotidianas, que con frecuencia llamo “mis saberes”. Estos asuntos encuentran así una ruta común que indica los saberes que se supone que sé y los que no sé (aún) que surcará este trabajo. En consecuencia, hablo desde lo que soy, desde unas experiencias personales en relación con la obesidad.

Esa posibilidad de habla, de tener algo que decir, no desde un afuera del problema sino desde dentro, podría considerarse un ejercicio de *conocimiento situado*, de acuerdo con Donna Haraway. Saber que hablo desde un lugar concreto no se trata de relativizar diciendo que cada cual tendría su postura, sino que al identificar mi *locus*, mi lugar de enunciación, es posible reconocer lo específico de mi experiencia a partir de unas connotaciones de mi historia.

Es en ese orden, que Haraway señala –en el marco de la discusión de las epistemologías feministas de frontera- que hay un *conocimiento situado* cuando se construye conocimiento partiendo de la propia experiencia: “*Es una epistemología que reconoce la realidad de las experiencias de las personas y de su permeabilidad al poder, aunque también admite la especificidad de cada una, incluyendo la suya propia [...], el rechazo a reconocer la parcialidad de todo nuestro conocimiento es nuestro mayor error, y la posibilidad de generar una praxis transformativa fiel a la parcialidad es nuestra mejor esperanza*” (Haraway, 1995, p.15). Y, entonces, desde el cuerpo que tengo veo el cuerpo que tuve, y aun me cuesta creer que sea el mismo; tal vez hay una especie de enajenación de este, un extrañamiento. Así, aparecen nuevos sentidos para hablar de mi cuerpo, e intuyo que uno de los significados radica en saber que mi cuerpo soy yo, que tal vez sea la única posesión que tengo, y quizás el único acceso a comprender mi condición histórica.

### ***Estructura del trabajo***

El *primer capítulo* está dedicado a la construcción del problema de investigación. Se presenta el cuerpo como un pretexto para pensarnos con el objetivo de responder cuándo, por qué y cómo emerge el cuerpo obeso. Se plantea como *punto de partida* la emergencia

del cuerpo obeso en el período interbélico y se propone como *hipótesis de trabajo* que durante el período entreguerras el trabajo capitalista industrial necesitó cuerpos eficientes que se amoldaran a un proceso de producción ágil y efectivo.

El objetivo del *segundo capítulo* es comprender cómo el discurso médico se ha venido constituyendo en una tecnología para intervenir sobre los que tenemos (¿teníamos?) un cuerpo obeso. Siguiendo a Michel Foucault, se explican las terapéuticas que racionan el cuerpo obeso y las formas políticas que han gestado la obesidad.

El *tercer capítulo* está dedicado a identificar las representaciones del cuerpo obeso. El *objetivo* de este capítulo es identificar las representaciones del cuerpo obeso. Siguiendo a Stuart Hall se pretende dar cuenta de las mediaciones que han constituido la organización de representaciones en torno al cuerpo obeso y a la obesidad.

El *último capítulo* está dedicado a explorar la resistencia a esas representaciones de obesidad así como a las técnicas médicas de control y limitación de lo obeso. Siguiendo a Michel Onfray y, de manera más tímida, a Jaques Lacan, se hace la apuesta política y ética por sortear, superar, esquivar esas representaciones sobre el cuerpo obeso, en el último capítulo se exploran las posibilidades de resistir a esas representaciones sobre el cuerpo obeso.

La obesidad es un asunto complejo y que se resume hoy en un asunto de seriedad para el colectivo. Este trabajo pretende ocupar un lugar de discontinuidad en el conjunto de discursos que ya componen la mencionada complejidad de lo obeso. En torno a este complejo discursivo prevalece un miedo generalizado, justo en la sociedad de los miedos, de la producción veloz y eficiente. Aunque términos como la sociedad pos industrial hacen su aparición, las dinámicas de la sociedad industrial nos persiguen y aun nos determinan, la aparición de la obesidad en un periodo militarista y de tensiones como lo fue la entre guerras, no es algo superado, el pasado no ha pasado del todo. Conviven aún con nosotros los imaginarios corporales que siguen siendo estereotipo y han tenido una génesis que queremos revisar en este trabajo, para permitir que otras formas de cuerpo eclosionen.

## 1. EMERGENCIA DEL CUERPO OBESO

### 1.1 El cuerpo, un pretexto para pensarnos

El cuerpo bien puede ser una de las dimensiones desde las que podríamos pensar lo humano<sup>1</sup>, y sin embargo, siendo una más, es difícil pensar cualquier otra dimensión o aspecto de la vida humana sin que aparezca el cuerpo. La historia de los seres humanos pasa por sus cuerpos, y ese paso los llena de significados. Estos significados son tan amplios, como amplias las experiencias, como lo dicen Melich y Duch: “[...] *es incontestable que el cuerpo humano es polisémico y por eso mismo solo puede ser abordado interdisciplinariamente*” (Duch y Melich, 2005, p.31). No hay una sola manera de acercarnos al cuerpo humano, cada saber pone su propia impronta, y desde cada saber se construyen verdades que ayudan a constituir miradas específicas sobre el valor y el sentido del cuerpo.

El cuerpo es motivo de preocupación de distintas disciplinas, pero también de diversas culturas. Por lo tanto, afirmar la condición polisémica del cuerpo implica que le corresponden múltiples abordajes y, en consecuencia, que cada uno de estos sugiere un anclaje político y ético, maneras culturales de ser. Detrás de cada apropiación del cuerpo, está la condición de posibilidad de percibir el mundo, de hacer parte de un modo de interpretar el sentido de lo humano y sus posibles finalidades, incluyendo la concepción de que no hay sentido ni finalidad alguna.

En ese pensar el cuerpo es posible quedarse con la perspectiva de lo meramente biológico, de lo organicista, es decir entender el cuerpo sólo en sus funciones fisiológicas. En no pocas ocasiones cuando se invoca la palabra *cuerpo*, es posible simplemente entenderlo

---

<sup>1</sup> El término humano se ha convertido en una categoría compleja a partir de los estudios de Foucault y la crítica a la modernidad en donde lo humano es una característica de segregación que posiblemente colocaba a unos seres por encima de otros, por ejemplo: “*los negros no son humanos*” decían los colonizadores europeos, aquí lo humano separa a unos seres de otros. Para efectos de este trabajo lo utilizo como una palabra que engloba a los individuos que compartimos unas características comunes como el lenguaje, los afectos, un constituyente biológico filogenético que nos hace miembros de una misma especie, aun cuando estos elementos se hagan muy específicos y diversos según sea el contexto.

como la materialidad de lo corporal, en la sangre, en las células, en los cientos de sustancias que al confluír convergen en lo que entendemos como cuerpo humano. De hecho son varios los saberes que se han especializado en el cuerpo como organismo: la medicina, la biología, la anatomía, etc. Estas disciplinas se han especializado en la versión del cuerpo como organismo o cuerpo orgánico.

Sin embargo el cuerpo no es sólo organicidad, en el cuerpo podemos percibir algo tan complejo como el lenguaje. De hecho el cuerpo es el primer signo que *comunicamos* frente a los demás, los otros interpretan nuestro cuerpo y nosotros hacemos lo mismo con el cuerpo de los demás. La presencia de un cuerpo que no es el nuestro nos interpela, su ausencia, si tenemos algún tipo de vínculo con ese cuerpo, también. La medicina ve en el cuerpo una posibilidad de saber objetivo, pero en el lenguaje, donde el hecho de comprender se transforma en un reto, el cuerpo se convierte en un símbolo. Como bien lo diría David Le Breton: *“El cuerpo es una construcción simbólica, no una realidad en sí mismo”* (Le Breton, 2002, p.13). Dado que la presencia corporal de alguien dirá algo diferente según la circunstancia, el cuerpo símbolo expresará su contenido según la comprensión histórica del momento, según las circunstancias, pero lo cierto, es que un cuerpo siempre comunica.

El cuerpo del lenguaje es la corporeidad misma en su dimensión simbólica, en su posibilidad de comunicar, de expresar algo, es decir que el lenguaje es sólo posible por el cuerpo, todo lenguaje pide un cuerpo. Siguiendo a Le Breton es posible decir: *“El cuerpo parece algo evidente, pero nada es, finalmente, más inaprehensible que él. Nunca es un dato indiscutible, sino el efecto de una construcción social y cultural”* (2002, p.14) y esa construcción se hace a partir de las dinámicas que el lenguaje posibilita, a partir de las percepciones, de las comprensiones y del intercambio de las mismas. El cuerpo hace posible al lenguaje, pero como en una dinámica circular el lenguaje también hace posible al cuerpo, es decir el lenguaje dice lo que el cuerpo es, avala estéticas y éticas sobre el cuerpo. Lo que se diga del cuerpo no es simplemente una idea, un dictamen o una descripción, son técnicas y prácticas que devienen formas de ser y vivir en el mundo.

El lenguaje construye y avala, a través de enunciados, lo bello (estética), formas de proceder (ética) la relación con lo público (política), y en estas esferas se van formando

maneras corporales. Hay cuerpos donde se materializa el concepto de lo bello, es decir que el cuerpo tiene una dimensión estética. Los cuerpos se rigen por normas, convenciones y convicciones, es decir que el cuerpo tiene una dimensión moral. Los cuerpos se hallan envueltos en el quehacer de las relaciones ciudadanas, por lo tanto hay un cuerpo para lo político y escenarios público y privado.

El cuerpo es en sí mismo una dimensión de lo humano, y a esa experiencia de ser cuerpo la podemos denominar corporeidad. Como diría la investigadora Zandra Pedraza, *“Es (en) la dimensión del cuerpo en la que se realiza la vida corporal, más allá de sus cualidades puramente orgánicas, por cuanto le permite al ser humano ser consciente de ella a través de la cenestesia y, luego, establecer vínculos emocionales mediante el cuerpo”* (Pedraza, 2004, p.9). Es decir, que desde esta lectura, lo corpóreo está más allá de lo biológico pero lo contiene. Sin embargo, es desde allí dónde es posible que acontezcan experiencias, aun enunciadas como metafísicas: el amor, el dolor moral, la fortaleza, el envejecimiento, la dignidad, la vergüenza, etc. Por lo tanto, la corporeidad es más que lo que se entiende como materialidad y funciones orgánicas; es la condición de posibilidad para que alguien pueda ser enunciado por otros y para poder decir que sabemos o creemos saber de los otros.

Todo esto para afirmar que la corporeidad, más allá de lo orgánico, es una realidad atravesada por múltiples saberes. La corporeidad como conciencia de ser cuerpo es un terreno de lo múltiple. El filósofo italiano Armando Rigobello de corte personalista lo dice en términos casi conmovedores: *“La corporeidad es el descubrimiento de nuestro concreto consistir sensible, captado, digámoslo así, en su estado naciente”* (2000, p.56). Lo corpóreo es la posibilidad concreta de tener algún contacto con el mundo. Las disciplinas, las teorías buscan saber de ese mundo a través de la experiencia corpórea. Por eso pensar el cuerpo es un pretexto para pensar la condición histórica humana. Es tal vez, la conciencia más diáfana de que esa finitud corporal es la certeza más clara de la clase de seres que somos.

En el presente capítulo tomamos el cuerpo como un pretexto para pensarnos y pensarme. El *objetivo* es responder cuándo, por qué y cómo emerge el cuerpo obeso. Se plantea como *punto de partida* la emergencia del cuerpo obeso en el período interbélico y se propone como *hipótesis de trabajo* que *durante el período entreguerras el trabajo capitalista*

*industrial necesitó cuerpos eficientes que se amoldaran a un proceso de producción ágil y efectivo.*

## **1.2 El cuerpo como categoría cultural**

La cultura es el espacio en donde se realizan la totalidad de las actividades humanas de un modo específico diferenciándose de otros contextos por los patrones o modelos establecidos de un lugar. Cuando hablo de totalidad me refiero a que no hay nada que no esté atravesado por lo cultural; los vínculos que establecen los seres humanos son culturales porque son formas que siguen unas conductas preestablecidas por el marco que llamamos cultura. La política es una forma cultural, la economía es una forma cultural, la sexualidad, a pesar del matiz biológico del asunto, se expresa en prácticas culturales. El género mismo, puesto que no es igual ser hombre o mujer en una tribu zulú que en Nueva York.

Una categoría cultural viene a constituirse en una dimensión o esquema para comprender una cultura determinada. La economía, por ejemplo, puede ser una categoría cultural entendida como una práctica en la que se desarrollan actividades como la producción o el intercambio de bienes en pro de la satisfacción de necesidades. La economía es una categoría cultural en cuánto permite identificar maneras de ser humanas, como lo sugiere el experto australiano en economía cultural David Throsby: *“Las características que definen al grupo se pueden concretar en signos, símbolos, instrumentos... y otros medios. Una de las principales funciones de estas manifestaciones de la cultura del grupo es establecer... la identidad distintiva del grupo... para diferenciar a los miembros del grupo de otros grupos... Esta interpretación de la cultura será especialmente útil... para examinar el papel de los factores culturales en los resultados económicos y la relación entre la cultura y el desarrollo económico.”* (2001, p.18). Se puede entender, entonces, la economía como una forma cultural, una condición desde la cual es posible comprender una serie de lenguajes, de componentes sociales definidos, un elemento diferenciador entre grupos humanos.

La economía, como la política o los deportes, podrían entenderse como categorías culturales. En esa misma dinámica el cuerpo viene a ser una categoría cultural en cuanto

permite comprender un núcleo de relaciones, un entramado de componentes sociales etc., su posible comprensión permite entender los dispositivos más profundos e intensos de una sociedad determinada.

Zygmunt Bauman describe la cultura como praxis, y la entiende como: “...una invención histórica impulsada por la necesidad de asimilar intelectualmente una indudable experiencia histórica. Y sin embargo, la idea por sí misma no podía capturar esa experiencia si no era en términos suprahistóricos, en términos de la condición humana como tal.” (2002, p.23). Hablamos de un concepto que intenta recoger la experiencia del contacto entre los seres humanos, las diferencias y las semejanzas, que hacen a los humanos tan similares pero a la vez tan diversos. Comparto este concepto de cultura en la medida en que es universal, pero contiene lo plural. Y el mismo Bauman continúa más adelante diciendo: “La idea de cultura en tanto que propiedad universal de todas las formas de vida humana, elevaba al rango de paradoja existencial de la humanidad las complejidades que se revelaban al lidiar con una tarea de construcción de orden históricamente determinada” (2002, p.23).

En lo complejo que resulta la múltiple actividad humana, el término cultura viene a encerrar lo contradictorio que resulta lo que el ser humano puede llegar a ser y a hacer. Pero el término resulta maravilloso en cuanto que valida la categoría de lo humano como paradójico pero a la vez plural y posible.

El esquema antinómico naturaleza-cultura de alguna manera se transformó en maniqueo, tratando de organizar algunos elementos dentro de un marco biológico y otros en lo cultural. Sin embargo, como lo insinúa el antropólogo vasco Ángel Aguirre Baztan: “La cultura es una emergencia, pero es reasumida posteriormente por la naturaleza, por lo que no hay una demarcación neta entre la naturaleza y la cultura.” (1994, p.87). La comprensión de la naturaleza se hace desde una estructura cultural. Si bien hay unas disposiciones biológicas dentro del cuerpo para realizar una serie de acciones, estas acciones se hacen de un modo diferente en el tiempo y en el espacio.

Si traemos el tema del cuerpo a este terreno de discusión, vale la pena recordar lo que escribiera alguna vez Foucault: “El cuerpo constituye el objeto de intereses tan imperiosos

y tan apremiantes; en toda sociedad, el cuerpo queda prendido en el interior de poderes muy ceñidos, que le imponen coacciones, interdicciones u obligaciones” (2002, p.141). La comprensión de esos intereses, el desentrañamiento de esos poderes, permiten inferir que el cuerpo como categoría cultural nos aproxima a los hilos más delgados que tejen modos de ser en el mundo, diversos entre sí.

El significado del cuerpo como categoría cultural provee a las ciencias sociales de una ruta de conocimiento valiosa, es una lectura privilegiada dado que posibilita reconocer el cuerpo en múltiples ámbitos. La feminista Tamsin Spargo parafrasea a Foucault diciendo del cuerpo: “*Es la superficie donde la historia escribe o imprime los valores culturales*” (2007, p.69). Luego, si el cuerpo es un plano donde hay una serie de escrituras, es necesario leerlas e interpretarlas para entender los momentos históricos del cuerpo en determinado tiempo.

### **1.3 El cuerpo y los estudios culturales**

Como un saber (in) disciplinado inscrito en la teoría social, los estudios culturales pueden contemplar diversas dimensiones del cuerpo a las que hacía alusión al comienzo de este trabajo. Unas dimensiones que están imbricadas, que no se pueden desprender unas de otras, puesto que se encuentran profundamente articuladas.

De hecho, los estudios culturales han problematizado el cuerpo como una manera de indagar el escenario donde ocurre la historia. El crítico literario argentino Gabriel Giorgi dice lo siguiente del término cuerpo en el diccionario de estudios culturales latinoamericanos: “*Esta problematización del estatuto histórico y político del cuerpo está lejos de proporcionar un suelo metodológico homogéneo... Los modos de pensar y de construir estas historias políticas de los cuerpos exhiben acentos y modos de aproximación diversos.*” (2009, p.68). Lo plural del cuerpo y el reconocimiento de esa complejidad por parte de los estudios culturales permiten un abordaje que admite nuevas entradas y variadas conceptualizaciones en lo que al cuerpo se refiere, del cuerpo no se puede decir sólo una cosa.

A partir de la *pluralidad* del cuerpo y sus significados se hace pertinente la palabra de los estudios culturales sobre el mismo máxime cuando ese campo, como dice Giorgi: “*Parten de la premisa de que el cuerpo es el resultado de historias específicas y de tecnologías políticas que constantemente problematizan su estatuto y su lugar en el mundo social, en el orden cultural y en el dominio de lo natural*” (2009, p.68). Esta posición frente al cuerpo es en sí misma una metodología de investigación que permitirá posibles nuevas miradas frente a lo que creíamos obvio. El cuerpo mismo no es una obviedad, aunque así lo creyésemos; sigue siendo, tanto en el mundo de la medicina como en el de las ciencias sociales y sus campos de intersección, un territorio por explorar.

#### **1.4 Período entreguerras: la aparición del cuerpo obeso**

Dentro de la multiplicidad de significados y construcciones históricas del cuerpo es de gran interés para este trabajo profundizar sobre un tipo de cuerpo particular, me refiero al cuerpo obeso. En los estudios culturales tiene un acento específico la emergencia de procesos históricos, como el del cuerpo obeso, aparición de algo que ya está pero que se visibiliza a través de las condiciones de posibilidad de ciertos momentos discursivos. Mi interés por el tema nace dado que fui (¿Soy?) de esta condición corporal y no me es indiferente la suerte de imaginarios y conceptos que se tejen alrededor de la obesidad<sup>2</sup>.

Me pregunto desde cuándo el cuerpo obeso es considerado un cuerpo *especial* por varios saberes, pero más aún por qué este cuerpo bien podría considerarse como un icono de los cuerpos que no entran en las categorías estéticas de belleza actual. Pero ¿siempre fue así? ¿Cuáles aproximaciones superan la pregunta dual sobre si el cuerpo obeso es una realidad biológica objetiva o una construcción cultural? ¿Qué condiciones históricas se dieron para que apareciera el cuerpo obeso? ¿Ha existido siempre la obesidad? Muchas preguntas, tal vez sin respuestas definitivas, pero desde el camino que trazan los estudios culturales que

---

<sup>2</sup> Este tema lo retomaré más adelante como un suelo epistemológico que me compromete con prácticas políticas y éticas.

intenta problematizar las condiciones históricas es posible iniciar acercamientos de cómo se han gestado estos procesos.

He supuesto que debe haber un giro, una zona de discontinuidad, de eclosión conceptual, es decir un momento en el que se avizora que algunos cuerpos son válidos y validados y otros están en un lugar de apartamiento. Y esta ubicación será siempre ambigua, nunca rotunda. Una indagación histórica por dicho punto de ruptura, por esa suerte de quiebres históricos, nos dará una idea de cómo aparece este tipo de cuerpo, cuáles fueron esas dinámicas específicas que lo convirtieron en símbolo de cierta negatividad, porque pareciera que la obesidad no tiene sólo una dimensión médica y social sino incluso moral. La historicidad de ciertas problemáticas nos permite ver elementos que tal vez se hayan pasado por alto.

Antonio Gramsci plantea la siguiente premisa: el resultado de un concepto cultural nace del entrecruce de unas fuerzas y del reconocimiento de una posición como hegemónica. Las posiciones hegemónicas tienden a ser naturalizadas, es decir, a ser aceptadas como algo natural, evidente, de lo cual no se discute por qué está allí y es claro para todos. Pero, resulta que lo supuestamente natural no es tan claro.

Entonces, al buscar otras verdades de la naturalidad de los cuerpos obesos que enunciamos con tanta inocencia hoy, puede identificarse un momento especial en la historia de lo que conocemos como el mundo occidental, y es el periodo de las entreguerras (1914-1939) etapa en la que se desarrolló de manera efervescente el proceso de industrialización de la economía. Como lo dice Michel Beaud: *“La guerra permite la implantación de los métodos de organización científica del trabajo”* (1984, p.205). A esta manera del trabajo y la economía la podemos denominar *Era Industrial*, ya que acelera procesos y cuantifica producciones en todos los ámbitos. Esta *Era Industrial* se venía desarrollando en el marco del capitalismo, sistema económico determinado por una lógica de acumulación y de producción ampliada, y que había tenido su auge desde la transición de la economía de la tierra a la economía mercantil.

Bajo este escenario de ebullición de la *Era Industrial* son variadas las investigaciones que analizan el desarrollo de imaginarios sobre el cuerpo. Para tal indagación pueden resultar interesantes los estudios sobre la imagen del cuerpo en medio de la era de la difusión

tecnológica o de la prolífica reproducción de las imágenes que hace el filósofo e investigador social argentino, Oscar Traversa, en su texto *Cuerpos de papel: figuraciones del cuerpo en la prensa 1918-1940*. Es importante el periodo que destaca para su investigación. Nótese que no es un fragmento de tiempo diseccionado, sin articulación con su momento anterior y con el siguiente; como él mismo dice: *“La entreguerra completa un proceso iniciado a mediados del siglo anterior: lo que era un bien escaso se torna sobreabundante, las figuras y resonancias del cuerpo, antes raras, limitadas, a una experiencia cercana, se cuelan como nunca en el espacio circundante, completando así el estallido iniciado en un momento anterior”* (1997, p.20). Este momento histórico, por lo tanto, es especial porque el cuerpo se *visibiliza* en la imagen pública de la publicidad y de la prensa como nunca antes.

Con la aparición de la alta tecnología de reproducción de textos y de representaciones pictóricas se produce el auge de las revistas y de los periódicos. Aparecen una serie de imágenes corporales, unos cuerpos que representan unos estilos de vida, unas formas de ser, y estas caracterizaciones van construyendo unos imaginarios que tal vez se conservan hasta hoy. Las imágenes de la publicidad facilitan que a algunos cuerpos se les endilguen características especiales como lo curvilíneo, satisfacción, representando cierta felicidad etc. Ciertos productos parecían ofrecer un particular estatus y hacían simbiosis con ideales corporales a conseguir. Así, *Coca-Cola* en los años 20 ya usaba las modelos de la época para publicitar su producto:



Con la *visibilización* de unos cuerpos modélicos, aparecen prácticas explícitas de modificaciones corporales, entendiéndose por ello las transformaciones deliberadas de alguna parte del cuerpo por motivos sociales o religiosos y que no son imprescindibles para la vida<sup>3</sup>. Uno de los dispositivos transformadores del cuerpo que tendrá un auge desbordado será el corsé, pero lo hará de manera puntual con el cuerpo femenino. Será un mecanismo, sin igual, para moldear, adelgazar la figura y resaltar el supuesto atractivo corporal.

En imágenes anteriores a 1918, Traversa no encuentra el uso frecuente de tal dispositivo, hablando de uso del *corsé* dice: “*Hacia el 900 (1900) No se manifiesta una persistencia como la que se dará después del 18 (1918)... quizá lo que más interesa señalar es la homogeneidad estilística del trazado.*” (1997, p.231). El dispositivo buscaba acomodar los cuerpos a un estilo uniforme. El uso frecuente de la prenda inicia en ciertos grupos burgueses y aristocráticos. Pero después de 1918 hay un incremento considerable en su uso, una buena cantidad de imágenes publicitarias lo incorporan reglamentariamente y, como se observa abajo, si bien hay una tendencia en la forma también hay transformaciones con cada época.



<sup>3</sup> Quiero hacer la salvedad de que las modificaciones corporales son una práctica tan antigua como las culturas sólo que en este momento histórico tienen otras significaciones.

Esta sucesión de prácticas no se puede desarticular de hechos previos como los del siglo XIX con el astrónomo y físico social francés Adolphe Jacques Quetelet quien establece el método de clasificación corporal conocido como IMC (Índice de masa corporal: medición de los cuerpos por tamaño y peso), precisamente en Francia, lugar donde nace el corsé y sitio por excelencia de prácticas de la moda y la alta costura. Los rastreos de Traversa que llegan hasta 1940 me permiten concluir que la imagen, particularmente la femenina, es moldeable a través de aparatos como el corsé, qué hará su función de modificación, por eso en su texto se permite afirmar: *“La notoriedad de uno u otro aviso (publicitario) no es idéntica, ni tampoco son idénticos los rasgos que la determinan, pero, eso sí, ambos constituyen un desvío inicialmente útil para circunscribir las características de una zona del procesamiento discursivo-el publicitario en estas páginas-de una mutación figural del cuerpo: el salto en la moda que va de la ‘cintura de avispa’ a la ‘lignenormale’”*. (Traversa, 1997, p. 232). Inician, pues, con estas prácticas unos procesos de homogeneización determinados que van excluyendo a los cuerpos robustos de la idea de *normalidad*. Así las cosas, el capitalismo industrial, el discurso de la medicina, en esa nueva lógica de orden económico, y el auge de las imágenes publicitarias, particularmente las imágenes corporales, crearon las condiciones de posibilidad para la idea de un cuerpo obeso, entendido este como una forma corporal que, en principio, no es compatible con los imaginarios estéticos, sociales, y sobre todo económicos del momento histórico.

Hablo entonces de la formación social de unos ideales de cuerpo que excluyen a otros, de unos estilos de belleza que desplazan a otras formas corporales. El corsé no es sólo la modificación del cuerpo, es la posibilidad de entrar a espacios vitales de placer, de entrar en el circuito de la mirada, del sentirse como posibilidad de referencia para otros. Todo atavío y todo aparato de modificación corporal, permite ser referenciado dentro de un circuito social que denota identidad. La socióloga Joanne Entwistle, trabaja esa relación de aceptación-identidad-cuerpo-moda llegando a la siguiente conclusión: *“La única naturaleza del vestido parece apuntar al hecho de que la ropa o adornos son uno de los medios mediante los cuales los cuerpos se vuelven sociales y adquieren sentido e identidad. El acto individual y muy personal de vestirse es un acto de preparar el cuerpo para el mundo social, hacerlo apropiado, respetable... y posiblemente incluso deseable.”* (2002,

p.12). Lo anterior aplica para la relación cuerpo-vestido, pero también para las modificaciones corporales, incluso para aquellas que pudiésemos pensar en desagradables, pues buscan agradar o impactar a algún grupo social particular.

Es factible afirmar que esta serie de giros sobre el cuerpo, dieron paso a unas políticas corporales como la publicidad, el inventario de imágenes y que la inclusión en el proceso industrial forzó a nutridos grupos sociales a “ocuparse” del cuerpo. Si el cuerpo es el más alto accesorio es necesario que tal “prenda” se porte con la mayor altura, el exceso de gramos en el cuerpo empezaría a ser un factor preocupante, no sólo en el ámbito social, sino en el de la medicina, discurso que abordaremos más adelante.

Encontramos trabajos como el del médico español Gregorio Marañón sobre el estado del problema de lo que él llama la Patología del peso y la incipiente preocupación que revierte el tema, él mismo dice: “*Hombres de raza diversa, de religiones diversas, de edades diferentes, pueden ser casi idénticos en su moral, en su psicología y en sus hábitos. Pero un gordo y un flaco, coetáneo y feligreses de la misma parroquia, se diferenciarán por caracteres esenciales inconfundibles*” (Marañón, 1937, p.7).

Para esta época del siglo XX el interés por el tema estará *in crescendo* y los discursos sobre el asunto emergerán también de una manera *voluptuosa*. Sin duda hay un giro en esta época, una ruptura, una discontinuidad que da paso a un cuerpo que será importante, pero en negativo: el cuerpo obeso. Desarrollaré, entonces, este trabajo tomando como **punto de partida** la idea según la cual el cuerpo obeso emerge en el período entreguerras. Si en este apartado he explicado cuándo y por qué emerge el cuerpo obeso (punto de partida), en el siguiente explicaré de qué manera se da dicha emergencia.

### **1.5 Cuerpos ágiles y eficientes: cómo se moldeó el cuerpo obeso**

Es posible, pues, hacer una apuesta por un momento histórico en donde aparece el cuerpo obeso, dado que según lo reseñado frente a *la entreguerras* de la primera y segunda guerras mundiales del siglo XX se dan, según Maurice Dobb:

*“Ciertas transformaciones estructurales... en el cuerpo económico, en parte a causa de la guerra y en parte de cambios de más largo plazo de las condiciones de producción y los mercados (...) Recorría en el continente norteamericano la fe de que su tierra, ámbito por excelencia para la expansión del capitalismo, tenía un destino inspirado: erradicar el problema de la escasez y enriquecer a sus ciudadanos” (1975, p. 380).*

En este contexto aparecen unas prácticas corporales que restringen el cuerpo. Insisto en que no son novedosas las restricciones sobre el cuerpo, aquí lo novedoso es el cómo acontecen. Lo que llama la atención es una restricción que parece ir acorde con el modo de producción que aparece y se incorpora en las distintas prácticas culturales.

Con un modelo de producción, no sólo económica, sino social, aparece lo que Michel Foucault denominó la *anatomía política*, una mecánica del poder operando sobre los cuerpos. Dicha mecánica genera una reorganización corporal específica donde, como nos continua diciendo el autor: *“Nace un arte del cuerpo humano, que no tiene únicamente el aumento de sus habilidades, ni tampoco a hacer más pesada su sujeción, sino a la formación de un vínculo que, en el mismo mecanismo, lo hace tanto más obediente cuanto más útil, y al revés”* (Foucault, 2002, p. 141). La forma como se construye socialmente un cuerpo respondería a unos intereses que, si bien no se dan de modo perfecto, sí determinan de alguna manera un ámbito de semejanza o de búsqueda de tal semejanza. Por eso la conclusión de Foucault es tajante al respecto: *“Una anatomía política define cómo se puede hacer presa en el cuerpo de los demás, no simplemente para que ellos hagan lo que se desea, sino para que operen como se quiere, con las técnicas, según la rapidez y la eficacia que se determina”* (2002, p.141). El cuerpo, entonces, determinado de tal manera, vendría siendo la pieza de un todo que parece convenir en la reproducción y mantenimiento de prácticas ya instaladas culturalmente.

Como lo había dicho antes, el control del cuerpo y su constreñimiento siempre se han dado en cualquier organización social; no hay cultura en donde no se ejerza algún tipo de disciplina corporal, aunque es cierto que el objetivo para el cual se controla varía.

Ahora bien, bajo el concepto de *anormalidad* emerge el cuerpo obeso. Es anormal puesto que no responde a los criterios históricos y hegemónicos que se imponen. La sociedad industrializada pretende un cuerpo que explote todas sus potencias, que el cuerpo no quede en la mera intencionalidad, que entre en el juego desafiante de superar las máquinas. Alain Corbin dice al respecto: *“Lo esencial sigue siendo la justa adaptación de la herramienta al*

*cuerpo, en la posibilidad de ejecutar lo mejor y lo más rápido posible los movimientos que considera que exige su profesión” (Corbin, Courtine y Vigarello, 2005, p. 246).*

El cuerpo de la sociedad industrial contrastaría entonces con un cuerpo obeso; mientras el primero estaría caracterizado por la rapidez, la obesidad parecería ser un colofón de la lentitud. Entonces, las condiciones de emergencia, el cómo de la obesidad estaría signado bajo una aparente atmósfera de incomodidad, de cierto desprestigio. Concretamente, mi **hipótesis de trabajo** es que ***durante el período entreguerras el trabajo capitalista industrial necesitó cuerpos eficientes que se amoldaran a un proceso de producción ágil y efectivo.***

El proceso de industrialización creó las condiciones de posibilidad del cuerpo como instrumento, la mecanización de las formas corporales se pudo haber convertido en una tecnología de dominación. Al respecto, David Le Breton manifiesta: “*Una tecnología política del cuerpo (...) prolonga la metáfora mecánica en los propios movimientos del cuerpo y racionaliza la fuerza de trabajo que el sujeto debe proporcionar, coordina en las instituciones (fábricas, escuelas, cuarteles, hospitales, prisiones..) la yuxtaposición de los cuerpos según un cálculo que debe lograr la docilidad de los sujetos y la eficacia esperada de la acción emprendida” (1990, p.79).*

Los cuerpos son fracciones de un engranaje más amplio en el que deben caber, el cuerpo debería estar inscrito en una serie de dispositivos que le piden ser correlato y correspondencia de las maquinarias institucionales y económicas. La fractura desde dónde nace la obesidad se da cuando algún tipo de cuerpo no cabe en esa narrativa de la velocidad y de la eficacia. Se producen, pues, unos planos irritantes porque lo obeso entra y sale de un circuito, es decir, simboliza bien lo que representa (acumulación del capital y de carne) pero paradójicamente también *significa* otras cosas que no son de interés para el sistema (como ineficiencia, parsimonia e incluso una aparente *incontinencia moral*).

Este tipo de concepciones de lo obeso como anormal, disfuncional, irritante, funge como una práctica de control, como mecanismos que cumplen su función de vigilar que los cuerpos no se salgan de un cauce por el que se ha apostado. Así como la confesión será una tecnología de control desarrollada en el corazón del cristianismo, en la era industrial

sobrevendrán otras como los imaginarios, el Índice de Masa corporal, los medios masivos de comunicación y su parafernalia expositiva, etc. A su vez, con estos dispositivos de control nacerán otras irrupciones, otras “transgresiones”. Como las que insinuó el Marqués de Sade en su obra *Juliette*: “Creo que hay poderosos motivos para que des a tus pasiones toda la amplitud que puedan tener y para que no nos ocultes ninguno de tus extravíos” (Sade, 1988, p.236). Detrás de esa frase hay la más profunda conciencia de que la carne, de la que tanto renegaron los platónicos y el mismo cristianismo es fuente de gozo, de vitalidad y de *nuevos viejos* placeres, es decir, que nunca una práctica de control deja de carecer de ciertas grietas.

Las grietas no impedirán que el proceso de industrialización se apodere de las prácticas sociales y cotidianas empezando con ellas la conciencia del “problema de lo obeso”, aunado a lo que decíamos en el apartado anterior de la reproducción de imágenes y la construcción de unas figuraciones corporales hegemónicas, que referiré aquí como *cuerpos modélicos*, imágenes ideales de lo corporal con las que se empieza la tendencia a equiparar la obesidad con lo grotesco. Entonces, siguiendo mi hipótesis de trabajo, es posible inferir que la conciencia de la obesidad es proporcional al proceso de industrialización y de relaciones capitalistas de producción. Con la sociedad industrial el cuerpo ha entrado en una nueva atmósfera, Edgar Morin denuncia las características de tal ambiente: “*El cuerpo democratizado, estandarizado, homogeneizado y simplificado en sus formas, resulta además un cuerpo fragmentado*” (1966, p. 46). La fragmentación es una característica de los cuerpos, pero en el cuerpo obeso resulta ser peculiar, porque se tiene un cuerpo que no *parece* cuerpo, es *amorfo* en la medida en que no tiene las formas deseables. El cuerpo es *ahora* importante, no basta *tener* cuerpo, es indispensable un cuerpo que satisfaga las necesidades del sistema capitalista industrial.

## **2. LA MEDICALIZACIÓN DE LO OBESO: PRÁCTICAS MÉDICAS DE CONTROL Y LIMITACIÓN DEL CUERPO**

En el capítulo anterior explicamos que el cuerpo obeso emerge en el período interbélico justo cuando el trabajo capitalista industrial necesitó cuerpos eficientes que se amoldaran a un proceso de producción ágil y efectivo. Queda pendiente saber cuál ha sido el papel del saber experto en este complejo proceso.

El *objetivo* del presente capítulo es comprender cómo el discurso médico se ha venido constituyendo en una tecnología para intervenir sobre los que tenemos (¿teníamos?) un cuerpo obeso. Siguiendo a Michel Foucault, se explican las terapéuticas que racionan el cuerpo obeso y las formas políticas que han gestado la obesidad.

### **2.1 Medicina y saberes expertos: el juicio terapéutico sobre el cuerpo obeso**

La era moderna es una época que se ha distinguido por el auge de toda clase de discursos de sanación y curación posibles y los días en que vivimos son un fiel testimonio de ello, como lo atestigua la socióloga y crítica cultural Eva Illouz: *“El discurso terapéutico ha atravesado y ha desdibujado las esferas estancas de la modernidad, y ha llegado a constituirse como uno de los principales códigos con los cuales expresar, conformar y guiar el yo... la perspectiva terapéutica se ha convertido en uno de los centros de esa entidad vaga y amorfa conocida como civilización occidental”* (2008, p.17). La medicina, el discurso terapéutico por excelencia, se ha posicionado de manera extraordinaria en este proceso de la búsqueda permanente de la cura. Aún si no se está enfermo, lo importante es que se certifique la sanidad, que se profiera la palabra que constate que se goza de buena salud y que es posible tener contacto y relaciones *normales* con el resto de la sociedad.

El discurso de la sanación y de la cura de la enfermedad ha tenido validez en múltiples culturas. Es posible localizar en figuras como el chamán, curandero, sacerdote, mamo, taita

la personificación de la posibilidad de sanación; ellos tienen una palabra autorizada por la comunidad, una potencia que influye sobre la percepción personal y social del estado del cuerpo y que además se relaciona con el grupo humano al que se pertenece. Sin embargo, en la época del capitalismo industrial y de la informática, la medicina, como saber científico, ha tenido un desarrollo impensado y el médico en particular funge como representante y perito del saber terapéutico sobre el cuerpo, es él quien por encima de cualquier otro dispositivo puede certificar la salud o la enfermedad de modo exclusivo e inapelable.

El cuerpo es objeto de la medicina, esta lo ha constituido su lugar de estudio, espacio de su discurso, se ha posesionado de él. Ir al médico es someterse al procedimiento por excelencia para el reconocimiento del *“estado del cuerpo”*. La medicina se abroga el saber de la vida, el arte de su prolongación. El paradigma médico de la modernidad sustentado en la ciencia objetiva resulta en una cierta apropiación del cuerpo, como lo intuye el médico y filósofo Jaime Escobar Triana: *“La medicina moderna (está) asentada en el paradigma biomédico cuyo éxito se basa en la objetivación del cuerpo que puede ser estudiado y manipulado científicamente”* (2007, p.7). Al objetivarse el saber sobre el cuerpo, se transforma en objeto de clasificación, de norma, de control. No es que antes de la medicina moderna no se hubiese clasificado el cuerpo, ahora la diferencia es que ese saber y esa clasificación están avalados por el poder *“indiscutible”* de la ciencia. Lo científico es ahora el argumento de la moral, no es ahora necesario recurrir a las elucubraciones de la religión para cuidar el cuerpo, porque como concluye Escobar Triana: *“Las biotecnologías deben no solo instruir sino educar y estar sujetas a evaluación y reflexiones sobre lo correcto y lo incorrecto, sobre lo bueno o lo malo”* (2007, p.7). La sanidad y la manera de conseguirla es un aleccionamiento, la ciencia médica es un saber que señala una forma de comportamiento. Cuando esta forma de comportamiento no se sigue se producen *“los malos hábitos”*, malas prácticas que no están acorde con el rigor médico.

Es la medicina un *corpus* que inspecciona el cuerpo, lo ausculta, lo indaga, lo certifica, lo presiona, da cuenta de él. Un cuerpo es diagnosticado y verificado en su estado más certero sólo por la medicina. Cuando las pruebas médicas certifican salud hay una especie de entrada a la *felicidad* puesto que *“mientras haya salud lo hay todo”*. La salud es posibilidad

de trabajo, de riqueza, de belleza. Tanto el enfermo como el sano necesitan del médico y su discurso, invocan su legitimación, como ya lo dijese Jacques Lacan, psicoanalista, pero médico de profesión:

*Cuando el enfermo es remitido al médico o cuando lo aborda, no digan que espera de él pura y simplemente la curación. Coloca al médico ante la prueba de sacarlo de su condición de enfermo lo que es totalmente diferente, pues esto puede implicar que él esté totalmente atado a la idea de conservarla. Viene a veces a demandarnos que lo autentifiquemos como enfermo; en muchos otros casos viene, de la manera más manifiesta, para demandarles que lo preserven en su enfermedad, que lo traten del modo que le conviene a él, el que le permitirá seguir siendo un enfermo bien instalado en su enfermedad. (2006, p.91).*

La medicina dicta sentencia y/o diagnósticos sobre cuerpos enfermos y sanos y con el poder de los medios tecnológicos ha ido declarando paulatinamente la condición mórbida de algunos cuerpos, y en particular el de aquellos considerados obesos. Este tipo de declaraciones cuenta con la permanente tribuna de los medios. Un artículo publicado en el periódico *El Tiempo*, el diez de junio de 2009, titulado: “*Declaran la obesidad como problema de salud pública*” (p. 1A), da cuenta de una serie de anclajes y cruces que se articulan en este problema. Si la obesidad en algún momento fue sinónimo de prestigio, y hasta de salubridad, con el diagnóstico médico quedó sepultada cualquier posibilidad de asociar la imagen del obeso con la salubridad o con el prestigio y, mucho menos, con la belleza.

La salud que diagnostican los médicos ha sido asociada a imaginarios de belleza, de manera que se establecieron relaciones indisociables entre estas. “*La salud es belleza*”, por eso no basta con estar sano, hay que “parecerlo”. Ese cuerpo esbelto se ha transformado también en un objeto de consumo, la industrialización de la sociedad, la velocidad entendida como una virtud terminan exigiendo un “cuerpo saludable” que es un concepto no sólo médico sino estético. La artista Gigiola Cáceres en un texto sobre cuerpo y lenguajes expertos dice:

*“La aproximación a un modelo de cuerpo sano, que al mismo tiempo debe ser bello favorece el consumo y la comercialización de todo cuanto pueda equipararse con otra clase de discursos como el bienestar, la belleza, el placer y el poder. La medicina en este caso, al homogeneizar el saber sobre el cuerpo, anula la identidad de los sujetos como seres diferentes y diversos, no porque la medicina contamine con su saber la experiencia corporal, sino porque construye la noción del cuerpo a través de lo social” (2007, p.204).*

De lo anterior, es posible sugerir una profunda articulación entre consumo, belleza y terapia médica no es gratuito. Es decir, cuando el cuerpo no está en la línea de la homogeneidad, allí está la medicina para poder diagnosticar la diferencia, la “anormalidad”, pero también para reconfigurar los cuerpos, para reencauzarlos. El discurso médico penetra de forma tan intensa en los imaginarios sobre el propio cuerpo que este es visto a través de los conceptos de la medicina, como también lo sugiere Cáceres: *“Estas representaciones amparadas en la veracidad objetiva de la ciencia, aseguran su legitimidad política e institucional dentro de un aparato estatal y reproducen, desde esa posición, algunas lógicas que pueden dominar sobre otras.”* (2007, p. 204).

La ciencia médica se convierte en una lógica hegemónica que parece no tener controversia, no hay discurso que pueda controvertirlo. De acuerdo con Hernán Fair (2008, p.2), es posible afirmar que este discurso de la ciencia posee tres características principales que en el campo de lo teórico permiten atribuirle validez teórica. Se trata de la coherencia, consistencia y credibilidad. Es decir, un ámbito donde no existiría la contradicción, donde los hechos hablan por sí mismos y donde el sustento positivista delinea los trazos de un discurso dominante. Esto es, un discurso cuya praxis se sustraería del orden del lenguaje en la medida que no se permite ni la contradicción, ni la contingencia y parcialidad de su representación, ni abordar lo intangible al método. La medicina sería así un discurso del progreso ilimitado, si se quiere de la pretensión de la omnipotencia; claro está, hasta que no le alleguen los vestigios de la muerte y de la guerra.

Ahora bien, si nos atenemos a que la medicina es aliada del método, siempre habrá de recurrir a acopiar una metodología para intervenir el cuerpo. La palabra *terapia* viene del término *terapeia* que significa tratamiento, tratar para curar, para sanar y la medicina, discurso terapéutico por excelencia, ha encontrado en este momento donde existe *tratamiento* para todo lo que está *enfermo*, la manera de convertirse en un saber que pontifica y construye subjetividades, o expresiones de identidad del *yo*, como dice Eva Illouz: *“El discurso terapéutico representa un modo formidablemente poderoso y moderno por excelencia de institucionalizar el yo”*(2008, p.21), y junto a ello también de reconfigurarlo, de ubicarlo en el espacio de las relaciones sociales de una manera homogénea. La medicina interviene al paciente, no desde un afuera exterior sino desde los

conceptos y las prácticas, por lo que si no se sigue el reglamento de lo médico se está enfermo y si se quiere estar sano hay que “tratarse”. Recuérdese que para estar enfermo sólo se requiere de un dictamen, antes del encuentro con el médico sólo es posible hablar de “inventos” o incertidumbres.

En el caso de la obesidad el tratamiento no siempre ha sido el mismo. Antes de la aparición de las cirugías gástricas, aquellas que intervienen directamente el aparato digestivo, todo se limitaba al control clínico bajo la égida del médico endocrinólogo, a través del uso de fármacos, tratamiento que no ha tenido una historia feliz, como lo testifica un documento de la Revista Colombiana de Cirugía Plástica y reconstructiva que parece nada halagador: *“La historia del tratamiento con medicamentos en la obesidad está sembrada de catástrofes. Desde 1893 se intentó el uso de extracto tiroideo, sin embargo, las dosis necesarias para obtener variaciones significativas en el peso corporal desencadenaron hipertiroidismo con las consecuencias catabólicas relacionadas. Hacia 1933 se usó por primera vez el dinitrofenol con la aparición consecuente de cataratas y neuropatía.”* (“Obesidad: Fisiopatología y tratamiento”, 2001). Con unos efectos colaterales tan desastrosos no hubo más salida que sacar estos fármacos del mercado.

Pero la dinámica del desastre farmacológico no se detuvo. De hecho el último medicamento que tuvo gran éxito fue la sibutramina, pero recientemente ha salido del mercado por sus efectos secundarios, como lo indica la página de internet sobre salud MedLine Plus: *“La sibutramina ya no está disponible en los EE.UU. El fabricante ha decidido dejar de producir sibutramina sobre la base de información de un reciente estudio clínico. En este estudio, las personas que tomaron sibutramina les aumentó el riesgo de eventos cardiovasculares como ataque cardiaco y accidente cerebrovascular.”* (“Sibutramina”, 2011). Esto confirma que ni el inicio de la historia de los fármacos contra la obesidad no ha sido positivo, ni tampoco los últimos momentos de su historia.

Frente a una no tan exitosa historia farmacéutica aparecen las cirugías bariátricas como una solución radical y definitiva. Una forma de “combate” efectiva y al parecer definitiva contra la obesidad: un tratamiento médico que hace uso de la palabra como juicio y del bisturí como arma potente y sin igual, aunque haya que preguntarse si dicha arma en contra de qué enemigo está y a favor de quién. Un saber experto que tiene la posibilidad de

diagnosticar y curar, de avalar la delgadez con contundencia. No es un saber neutro, hace parte de las prácticas y de la organización social, como ya lo dice el médico e investigador Mauricio Frajman: *“La ciencia en todas sus expresiones es un proceso social que incide y es recíprocamente influenciada por la organización social o por su crítica. Hacer ciencia es estar involucrado como actor, consciente o inconsciente del proceso social y político.* (“Medicina y Poder”, 2005). Con la pretensión de una objetividad basada en la investigación científica y en la exactitud que “brindan” las ciencias duras. Ese mismo saber es el que ha dado su juicio final sobre lo que es la obesidad y cómo se puede tratar.

## **2.2 Mi cuerpo ha pasado a la historia: una experiencia histórica de la obesidad.**

Mi experiencia como obeso no ha sido fácil, pero al parecer tampoco para otras personas con las que he conversado. Pero no es sólo por lo que dice el discurso médico sino porque lo que dice, y éste discurso se ha instalado en los imaginarios sociales. El lenguaje médico pasa de ser un saber de experticia y de diagnosis a ser un lenguaje común y establecer que el obeso es un enfermo. El médico lo dice desde el saber científico hegemónico, pero el común de las personas lo adapta al lenguaje popular. Lo que piensan los médicos no se queda en el consultorio, se traslada a múltiples escenarios sociales, pero sobre todo queda sembrado en la cabeza, ¿O, en el cuerpo?, del diagnosticado como obeso.

En una entrevista con el Jefe de Cirugía de una prestigiosa institución médica de Bogotá, experto en cirugías gástricas, se puede apreciar cómo el discurso médico traslada la experiencia de la obesidad a una realidad mórbida que se vive en lo cotidiano. El mismo doctor afirma: *“Gordo es la manera con la que jocosamente, culturalmente, se llama una persona que está enferma. El gordo es el que se menea en la fiesta, el que se luce, pero en realidad está mal.”* El término gordo se le entiende como una manera suave y hasta cariñosa de denominar al enfermo, de hecho casi que habría una sinonimia sólo que uno de los términos, obeso, tendría un cariz técnico. Es interesante la respuesta porque el aura de enfermedad pesa de inmediato y es lo que le da contundencia a la necesidad de acabar de una vez por todas con la obesidad.

En la medicina contemporánea está poco extendida la práctica de la prevención; la consulta al médico yace en la presunción de la enfermedad y los pacientes que consultan al Jefe de cirugía intuyen su condición de enfermos, cuando la obesidad entra en la condición de lo mórbido pareciera también darse una transformación ontológica: no soy lo que solía ser, ahora estoy enfermo *ergo* debo intervenirme, al menos esa fue mi experiencia y es más probable en el caso de la obesidad. El doctor fue el cirujano general que me intervino y redujo mi estómago para que pudiera bajar de peso. Lo que hace que sus palabras aun tengan más impacto.

Lo que dice el médico no está aislado del juicio social, en el que existen una serie de miradas y palabras que suponen un dictamen previo, una matriz del discurso médico incorporada a la mirada más cotidiana; dictamen que nos empuja a recurrir a la medicina, sólo que el médico con su autoridad de juez termina por concluir nuestra condición mórbida, con la particularidad de que al lado del veredicto-enfermedad está la cura. La oferta es la de un escalpelo físico que, sin embargo, llega más pronto a la piel en cuanto previamente ha operado un escalpelo simbólico, cuya acción ha terminado por forzarme a mí y a otros a buscar un poder sanador que, tal vez, nos deje al borde de la necesidad de una transformación sin fin.

El escalpelo simbólico no tiene la necesidad de argumentar su eficacia; es un efecto al que no se le reconoce causa, sólo su contundencia en las prácticas culturales habituales. Cuando le pregunté al Doctor si alguna vez se había dado a la tarea de convencer a alguien de que permitiera su intervención, él mismo aclara: *“Yo no necesito convencer a nadie, se trata de demostrar qué es recomendable, que es procedente utilizar este medio, porque los beneficios se verán en el futuro. Por ejemplo en el caso de Maradona. Yo no lo operé porque sabía que el resultado no iba a ser satisfactorio tanto para él como para la clínica. Lo importante es que el paciente esté convencido de la necesidad de cambio, de transformación que su vida necesita.”*

Con este argumento el médico exige que el paciente deba tener la “clara conciencia” de que es mayor el beneficio que el riesgo, y de que lo que ha soportado es la más importante prueba de la necesidad del cambio que debe realizarse. La palabra del médico vendría a ser solo el soporte o el sello de algo que es irrefutable. Los pacientes no pueden seguir el

ejemplo de Maradona porque es necesaria la convicción moral del paso dado al que se está sometiendo, de hecho, me llama la atención que el médico reitere que la transformación no es un asunto estético, él dice, *“esta no es una operación de índole estético, no se trata de la belleza sino de la vida misma, por lo tanto el cambio debe empezar en la cabeza.”* El médico hace la aclaración: *“no me interesan pacientes que no estén comprometidos con el proceso”*. Lo que quiere decir que la fuerza de la operación está en el orden de lo ético, de una transformación corporal que deviene en una profunda metalurgia ontológica.

Creo que en mi caso no hubo necesidad de argumentos, mi peso excesivo, el rótulo de obeso, algún tipo de burla social hizo que los criterios parecieran evidentes. Sin embargo me pregunto qué podríamos pensar de aquellos para quienes la cirugía si tiene reversa, los que vuelven a engordar como al principio, los que recuperan peso después de la cirugía, al porcentaje que remite el informe del portal español de los Archivos de Cirugía General y Digestiva en su página web sobre la certidumbre de la cirugía: *“Efectiva, con pérdidas del exceso de peso superior al 50% en más del 75% de los pacientes a los 5 años de seguimiento.”* (Larrad y Sánchez-Cabezudo, 2004, p.1). Por lo tanto hay un porcentaje que se queda en el deseo, por eso llego a la conclusión de que la metalurgia ontológica tiene sus límites.

La obesidad se me convierte a través del diagnóstico en una malla de identidad, en un dispositivo de identificación desde lo negativo, los apelativos con los que soy denominado no hacen relación con otras de mis realidades sino con la del exceso de peso, y esta realidad me hace invocar una conclusión a la que llega Stuart Hall hablando de lo que puede significar el tema identitario: *“La identidad es este tipo de concepto que opera ‘en el destierro’, en el intervalo entre la revocación y la emergencia; una idea que no puede concebirse de la vieja manera, pero sin la cual ciertas preguntas claves no podrían formularse”* (Hall, 2007, p.226). ¿Qué es entonces la obesidad en mi existencia? ¿Qué significa ser obeso para todos aquellos que consultan al médico? La obesidad es una marca, un posible signo de identidad. Un peso que genera historia en quien la vive.

### 2.3 Ambigüedades de la intervención sobre el cuerpo obeso

En un mundo donde los adelantos médicos y científicos y las políticas de mercado se vuelven globales, Colombia entra en la dinámica mundial de entender la obesidad como una realidad corporal no viable, no saludable. Las políticas públicas entran a direccionar el plano de los servicios médicos. Si bien la obesidad es “antigua”, esta forma de “conciencia” de tal fenómeno es nueva, o mejor, las prácticas sociales y económicas exigen una posición concreta frente al cuerpo obeso, casi de manera absoluta de rechazo. Es por eso que en Colombia aparece la Ley 1355 de 2009 que habíamos mencionado anteriormente: *“La nueva ley permitirá establecer políticas para que en los colegios y en los municipios del país se promueva, el mejoramiento de la calidad de la nutrición de jóvenes y adolescentes...la ley se considera la obesidad como causa directa de enfermedades cardiacas, estrés, depresión, hipertensión, cáncer, diabetes, entre otras, aumentando considerablemente la tasa de mortalidad de los colombianos”* (El Tiempo, 2009, 10 de junio, p.2A). La ley es de aplicación general, pero el interés público está apuntando prioritariamente a un sector de la población: los jóvenes. Al parecer escolarizados, son el objetivo inicial frente a tal cruzada. Esto pensado en que ciertas prácticas educativas pueden favorecer cambios que prevengan la obesidad.

La práctica biopolítica de los Estados no desaparece, es necesario controlar a una población que parece tender a la enfermedad, vale decir que a todo enunciado de enfermedad le correspondería una acción de control, en la medida en que se observan manifestaciones del cuerpo distintas a un canon hegemónico de salud. Llama la atención cómo la preocupación en el país se articula con los dictámenes de los organismos multilaterales que se han preocupado por una población sana y por estados que se preocupen de manera enfática en este asunto: *“Según la Organización Mundial de la Salud hay pruebas de que el riesgo de enfermedades crónicas en la población aumenta progresivamente a partir de un Índice de Masa Corporal de 21.”* (“Obesidad y contrapeso”, 2011). A pesar de lo anterior no deja de ser cuestionable la neutralidad que se abroga tanto el discurso médico como las políticas públicas del cuidado corporal, esto porque hay siempre un interés, un perfil de forma médica y corporal, un prototipo ideal que responde a unos intereses.

De hecho ese interés ha permitido que haya una eclosión de intervenciones de los aparatos estatales y de la medicina institucional que han acrecentado el valor de la palabra técnica, política y científica sobre la obesidad en el mundo y en Colombia. Aquí, los informes periodísticos y los titulares de prensa han aumentado de manera considerable. Cito un par de ejemplos: el programa de televisión *Acceso directo* del Canal estatal Señal Colombia (emitido el miércoles 11 de noviembre de 2009) en el que a través de un testimonio de una persona que “padece la enfermedad” conmueve al espectador. O en la página web de un partido político donde traza la ruta para legalizar el derecho a las intervenciones quirúrgicas de las personas con problemas de sobrepeso. Con una estadística contundente se inscribe la información en lo que llamaré ‘cruzada contra la obesidad’: “*En Colombia casi la mitad de los colombianos sufre sobrepeso y obesidad, (el 46% de mujeres entre los 14 y 64 años de edad y el 39% de los hombres en este mismo rango de edad), según la Encuesta Nacional de Situación Nutricional (ENSIN) realizada por el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar*” (“La obesidad un grave problema”, 2010). Sin duda, el problema es de carácter político, pero no por el hecho puntual de que un partido tome posición, es de tal índole porque se entrecruzan la clase, la edad, las aspiraciones sociales y estéticas.

Detrás de todos estos giros hay también un cambio de concepción en el que la obesidad pasa del orden de lo privado al orden de lo público, el cuerpo no es un asunto íntimo, es de discusión legítimamente colectiva donde intervienen los discursos políticos, el cuerpo se ha declarado de interés general, y de alguna manera es un espacio público porque lo que le pasa a un cuerpo puede repercutir en los demás.

El cuerpo obeso se encuentra bajo la ambigüedad de ser condenado por la medicina, pero de ser salvado también por ella. De ser sujeto de políticas públicas que pretenden su cura reconociendo socialmente que se trata de salvar a un enfermo haciendo visible esta condición de aquejado y, vale resaltar que aquí *lo enfermo* es lo más próximo a la negación de la vida y del goce. El aumento en el mundo y en Colombia de las intervenciones quirúrgicas cuyo objetivo es la reducción de peso, es incuestionable, éstas se han convertido en la *tabla de salvación* para la obesidad. Reitero con otro ejemplo: “*En Argentina se operaron en el 2003, 8 pacientes de Bypass gástrico (Reducción del tamaño del estómago) y en el 2005 ese número aumentó a 249.*” (“El peligro del by pass gástrico”,

2010). En Colombia hay datos regionales del aumento de cirugías bariátricas que nos permiten inferir un aumento a nivel nacional como ocurre en concreto en el Departamento de Risaralda:

*“El índice de cirugías bariátricas ha ido en aumento en toda Colombia y por supuesto en Pereira, no solo para disminuir la tasa de complicaciones y enfermedades asociadas a la obesidad sino también por estética y factores psicosociales que afectan el normal desarrollo de la personalidad. De los 236 pacientes operados el 66.24% eran mujeres y el 33.8% hombres. Con respecto al IMC (figura 1); la mayoría (46.6%) presentaban obesidad tipo III, y en segundo lugar (26%) obesidad tipo II, una baja proporción presentó superobesidad (15%) (Muñoz, 2008, p.6).*

Esa búsqueda del obeso por tratar de curarse parece indicar que ha internalizado la condición mórbida, y que de ella hay que salir, como lo puede indicar la búsqueda denodada de intervenir de algunas personas. Como se dijera en el ámbito psicoanalítico, han padecido la palabra, esa que los ha determinado como obesos.

Las políticas de concepción de lo obeso hacen que aumente el número de operados, pero también hace que haya múltiples ángulos desde donde se vea el problema. Por ejemplo desde el género. Son las mujeres quienes más buscan los efectos de una intervención transformadora y esto ya nos sugiere varios puntos. Algunos datos clínicos indican que *“por cada hombre operado hay tres mujeres que se operan”*, es bastante probable que la obesidad en las mujeres es una carga más dura de soportar. Hagamos memoria del corsé, pensado para el cuerpo femenino desde la cosmovisión masculina del mundo. El discurso masculino hace que la “diferencia” sea más compleja en el ámbito femenino, como lo corroboraré en diversos testimonios de mujeres intervenidas. A las mujeres el prejuicio de la obesidad es posible que les persiga con más vehemencia.

Como evidencia de lo anterior cito el siguiente caso de una mujer quien enuncia la transformación de sus lazos sociales a partir de la implantación del balón gástrico y a la pregunta de cuánto influyó la obesidad y su intervención quirúrgica en sus relaciones respondió: *“Las relaciones con mis amigos, con los verdaderos amigos no cambió mucho, pero mi tía que era la que más me jodía por mi sobrepeso y la que me pagó lo del balón fue la que me dejó de molestar, claro que apenas me lo quité otra vez empezó con su cantaleta, yo siento que a mí más que a nadie en la familia me molestaron con eso, me decían a cada rato que no iba a conseguir novio. (MA estudiante, 21 años).*

Es posible que el cuerpo de la mujer, percibido desde la mirada masculina deba acomodarse al deseo del hombre y tenga que desterrar de manera radical cualquier insinuación corporal en la que se asome la obesidad. Lo particular, como ocurre en este caso que cito, es que en la mujer se reproduce la voz del hombre. La voz masculina y su deseo se establecen más allá del género de quien la diga.

Las condiciones de clase gestan percepciones específicas de la obesidad en Colombia, hay elementos de clase como la educación y la nutrición que influyen en la formación de lo obeso. Según una investigación de la Red de defensores No institucionalizados, *“El 36 % de la población tiene una deficiente ingesta de proteínas”* (“Foro hambre en Colombia: viejos problemas y nuevas amenazas”, 2007) que, muy probablemente, es suplida por carbohidratos que tienden a engordar más y en estas capas populares es posible que, por dicha tendencia, la forma de percibir el problema sea otro. Los grupos humanos más frágiles económicamente son más proclives a consumir comida poco nutritiva lo que en últimas plantea la justificación de preocupación al Estado pues una pandemia, como se le señala a la obesidad, termina en un gasto inusitado, una población con bajos índices de desempeño etc.

Podríamos afirmar que, para estas poblaciones, el *acceso al exceso* sucede en condiciones limitadas, pues el exceso puede no ser lo mejor desde el punto de vista médico, sino que opera desde lo enunciado como malnutrición y acontece como detrimento de la salud. Y, aunque del otro lado de la balanza lo que hay es un obeso, mal nutrido o no, siempre será distinto engordar de pobreza que con manjares, pues la incomodidad de lo obeso tendrá otro destino. Sería esto a mí parecer una posible alternativa de resistencia en relación con el discurso de lo obeso, que revisaré en el último capítulo. Por eso, la salud colectiva es una preocupación estatal manifestada en intereses biopolíticos pero la condición de la obesidad se vislumbra aún más desde lógicas económicas y desde las políticas públicas de salud.

Al referirse al elemento de clase, el doctor reconocía que por ser la clínica en la que labora una de las más prestigiosas de Bogotá y del país los pacientes que lo buscaban eran de clase alta: *“Como es un clínica privada vienen personas de clase media en adelante, en las EPS no hay conciencia de que la obesidad es un problema grande. Vienen personas que tienen sus empresas trabajan en bancos, tienen una solvencia medianamente aceptable, el nivel de*

*estudios es alto*". Daba a entender que era muy difícil que una persona de bajos recursos económicos pudiese buscar este tipo de soluciones, aunque decía que ese no debía ser un obstáculo dado que el Estado tendría la obligación de velar por sus ciudadanos y que sólo hasta ahora, que están empezando una serie de políticas públicas, consagrarían las cirugías de *"bypass gástrico"* como un derecho.

Llama la atención la preocupación de la imagen en instituciones como las bancarias, de hecho fue el tipo de empleados que citó, en las que importa profundamente la imagen pues estos empleados *representan* a la Institución. Los estudios y el estrato social terminan pensando en la conciencia del problema de la obesidad y esto termina inclinando la balanza a la hora de tomar sus decisiones, como lo insinuaba el médico. En principio se puede inferir, de las estadísticas citadas anteriormente y de lo que nos dice el médico, que en las capas sociales más altas la obesidad se percibe como una preocupación de alto interés, y entre los profesionales y ejecutivos aún más.

El médico hace una relación entre educación y conciencia del problema, cree que el bajo nivel educativo es directamente proporcional al interés por la obesidad. *"Desafortunadamente las personas con escasos recursos no tienen mucha conciencia del problema, porque su nivel educativo la mayor de las veces es bajo."* De hecho estás personas de clase alta y media creen necesitar que el *"problema"* les sea solucionado, es posible que no exista en una primera instancia la preocupación por la salud como tal, quizá la primera preocupación sea la imagen misma.

El asunto de la imagen se hace incisivo dada las informaciones según las cuales la obesidad no sólo constituye un problema médico sino de índole social y hasta laboral. En un informe citado por la revista *Semana* del 23 de mayo de 2010 de una investigación de economistas norteamericanos de varias universidades, encontraban una alta relación entre obesidad, fealdad y perfiles criminales:

*"Las personas de baja estatura tienen 20 y 30 por ciento más probabilidades de terminar en prisión, y que el sobrepeso y la falta de atractivo físico están vinculados con la delincuencia... características como la obesidad, la fealdad o la baja estatura son fuente de discriminación en términos laborales, sobre todo cuando el trabajo requiere ciertas habilidades físicas. Esa desventaja aumenta la probabilidad de que estas personas encuentren en la delincuencia una alternativa."* (*Semana*, 2010, 23 de mayo, 65).

Es posible hacer articulación entre lo dicho por el médico y por el artículo de la revista Semana. La imagen y el prototipo de belleza como elemento determinante en las relaciones económicas y laborales, como los empleados bancarios citados por el médico y el miedo a ser relacionado con lo peor de la sociedad por la imagen física.

El poder de lo quirúrgico radica en la posibilidad de alcanzar la belleza: *“La cirugía plástica viene a la mano como un método que promete no solamente la corrección y modificación radical del cuerpo sino, en última instancia, de la mente. Así, la tiranía de la belleza se expresa mediante la profundización de esquemas y jerarquías raciales, y, a través del control ejercido por las industrias médicas”* (Andrade, 2009, p.3). La belleza como circuito de reconocimiento es un asunto de intereses que ahora es cercana y posible. Entregarle el cuerpo a la medicina es garantía de ser y tener en la sociedad contemporánea.

Es pertinente que recuerde que ahora más que nunca la belleza es salud, y sólo es bello quien es saludable, y más aún si tiene una posición económica envidiable, no es gratuito el refrán que reza: *“la plata embellece”*. El dinero da acceso a la salud-belleza idealizada. Hay unos niveles discursivos que van construyendo el sentido de belleza, en sus articulaciones: producción- estética-sentido moral etc. Se ha elaborado un proceso que descartó lo obeso dentro de lo bello. No obstante, a la medicina le interesa tener a la obesidad cerca como una manera de garantizarse trabajo.

A propósito de esta apuesta ética de la medicina, quiero retomar otra afirmación del médico en relación con el asunto intervención-clase social. El mismo doctor me expresa preocupación por lo determinante que resulta lo económico en el hecho puntual de intervenir: *“Gravísimo [que no se pueda acceder a la operación por dinero] porque por razones económicas no se puede dejar de considerar la obesidad como una enfermedad. Las EPS le sacan el cuerpo a la obesidad como enfermedad. La inversión en curar la obesidad le estaba quitando un porcentaje de rubros a otras enfermedades como cáncer o el VIH. En los Estados Unidos sí hay una clara intención de combatir la enfermedad, mientras que aquí en Colombia no. Allí están intentando trabajar en prevención, mientras que acá no sucede esto”*. Vale acotar que la evasión de las EPS es inicial puesto que después de que los pacientes ganan las tutelas que les permiten intervenir quirúrgicamente, estas empresas de salud proceden a operar dado que los fondos salen del

Estado a través del FOSYGA (Fondo de Solidaridad y Garantía). Tal gasto del Estado resulta cada vez más preocupante para el mismo sistema que sostiene el Estado, pues es un dinero que pagamos todos los contribuyentes, es decir una recirculación del problema y por tanto un desgaste del sistema para responder. El Estado, en ese marco de realidad, viene a ser un ente garante de la normalización de sus ciudadanos.

Con la intervención quirúrgica el cuerpo se reintroduce en nuevos planos económicos, hay unas circulaciones y unos reconocimientos que lo instalan en una especie de confort. Con la experiencia postquirúrgica viví una experiencia de reencarnación de mi cuerpo y sentí que el discurso médico cumplía lo que prometía, entrar en el circuito del beneficio, del placer, de sentirse mirado y aprobado. No me sentí sólo en mi experiencia: Una de las entrevistadas me relataba: *“me sentí mirada después de operada”*. ¿Antes no?, le pregunté. Me respondió: *“Es que antes me miraban pero para juzgar mi gordura”* (SQ, profesora universitaria, 33 años)

La mirada nueva es la mirada del placer, la anterior era la mirada del juicio. Yo mismo me sentí objeto de deseo después de operado y entendía a lo que ella se refería. Una de las cosas que afirmaba mi entrevistada y que más me llamaron la atención fue una de las promesas del cirujano plástico: *“te van a mirar de otra manera, eso te lo aseguré”*. (SQ, profesora universitaria, 33 años). Esta fue una de las afirmaciones que más le animó a operarse. En este momento histórico la palabra médica ha recuperado todo el poder posible.

Hago memoria de un texto bíblico que reza: *“una palabra tuya bastará para sanarme”*, parece ahora convertirse en una súplica al poder sanador de la medicina. Los enfermos esperan esa palabra que podrá devolverlos a la normalidad. Esto no es un descubrimiento nuevo, se halla en la articulación de lo médico y lo psicológico: *“La cura mediante la palabra, el descubrimiento del inconsciente, y la descripción de la dinámica de las fuerzas psíquicas, son las aportaciones de Freud, que reintroducen la palabra en medicina a finales del siglo XX.”* (López-Ibor, 1999, p.40). En la terapéutica moderna la medicina ha tomado un insospechado poder, es también otra de las tecnologías que produce cierto tipo de sujetos. El capitalismo ha cooptado la producción y el desarrollo médico y la salud es un asunto que es posible comprar y negociar. La medicina lo puede todo y dónde esta no tiene

alcances parece que se asomara incesante la muerte como la sombra que la medicina no pudo disipar.

Alrededor del obeso se han construido toda una serie de políticas de consumo, de compra y venta, más allá de los tratamientos terapéuticos, hay productos y campañas que crean unas condiciones que invitan a consumir en relación con el cuidado del cuerpo. Es incontable la creación de una cultura y una política del consumo exacerbado en relación con lo corpóreo y más aún con lo obeso. Por un lado se dice que comamos y traguemos, mientras que por el otro lado aparece la voz que nos dice que nos tiene el remedio para esos apetitos insaciables. De esa política de consumo da testimonio la revista especializada en temas económicos Dinero:

“Por otra parte, el interés por un nuevo estilo de vida está creando oportunidades de negocios para empresas que quieren vincularse a la nueva tendencia de productos bajos en calorías y la búsqueda del cuidado corporal. Por ejemplo, una marca como BioDiet, líder de la joven categoría de endulzantes naturales a base de Stevia, lleva un poco más de un año en el mercado y ya pasó de vender 100.000 porciones mensuales a 400.000. La marca lanzó recientemente galletas y mermeladas, también endulzadas con esta planta. Las oportunidades de gestión empresarial son múltiples. “Colombia presenta un porcentaje mayor que el promedio en Latinoamérica de personas preocupadas por su apariencia física. De hecho, 2 de cada 3 adolescentes quieren cambiar su peso.” (Revista Dinero, 2011, 13 de Octubre, p. 43).

Mientras el cuerpo obeso abra una nueva posibilidad para insertarse en las lógicas de producción y de consumo, no cesaran los mecanismos que construyan alrededor de él una especie de canibalismo comercial.

#### **2.4 Imaginarios de peso: Más allá de las dimensiones corporales el cuerpo obeso permanece como realidad**

No es fácil separar el desarrollo de la medicina moderna del modo de producción que se ha desarrollado bajo la lógica del capitalismo industrial. Conceptos como la salud y el bienestar no se entienden sin las relaciones económicas. De hecho el concepto mismo de salud de la OMS (Organización Mundial de la Salud) bien podría ser bastante discutible; y reza de la siguiente manera: “*Un estado completo de bienestar físico, mental y social, con capacidad de funcionamiento y no solamente ausencia de enfermedades e invalidez*” (Acevedo et al., 2007, p.17). Las palabras *bienestar* y *funcionamiento* bien podrían responder a una especie de pragmatismo del capitalismo industrial, es una especie de realización según las posibilidades de producción, de la capacidad para dar o producir

según unos requerimientos, pero ese no sería el único problema, el término “*bienestar, a veces, significa ignorar un malestar orgánico que no se manifiesta, o bien una realidad humana que no afecta a la persona. A veces, malestar significa el aviso de un cuerpo enfermo, o bien la carencia de posibilidades que exige el bienestar*” (Boixareau, 2008, p.107). Malestar es el aviso del cuerpo, y es también la incomodidad frente a una red de relaciones; una aparente inadaptabilidad frente a lo normal, pero también la voz perturbadora. Y lo obeso perturba, a pesar de que paradójicamente tiende a omitirse. Aunque esta omisión resulta en un fantasma que ronda y no desaparece, es una presencia ausente. Un malestar que persiste.

Las entrevistas nos dan testimonio de dos maneras de enfrentar el malestar, uno evitando el tema, como los primeros casos citados quienes no hablan del tema pues no se quieren molestar con ello: “*Entreviste a otro, yo no tengo que ver con eso*” (AS, trabajador independiente, 40 años) me responde . Las personas que asumieron el tema en general tratan de huir de tal malestar: “*percibirme obesa ha hecho que de alguna manera yo sea un poco triste... la operación me ha ayudado a ser mejor*” (MA, estudiante, 21 años). Más que un discurso del bienestar lo que se nota es una huida del malestar.

El malestar se combate con la normalización, la normalización es una tecnología del yo, una manera de subjetivación que trata de imponer lo *normal*, de hacer normado lo que está fuera de la norma, curiosamente este término de normal lo extrae Foucault del discurso médico: “*Lo normal se establece como principio de coerción en la enseñanza con la instauración de una educación estandarizada y el establecimiento de las escuelas normales; se establece en el esfuerzo por organizar un cuerpo médico y un encuadramiento hospitalario de la nación, capaces de hacer funcionar unas normas generales de salubridad...*”. (2006, p.189). Lo normal hace que el cuerpo obeso esté presente tanto por acción como por omisión. No es sólo un asunto de descubrimientos médicos, eso es válido y sustancial para los avances científicos, pero estos parecieran convertirse en grilletos o ataduras en un momento dado.

Convivimos hoy, más que nunca, con una cultura médica que evita el malestar, pero en la evasión del malestar se crea aún más, una cultura que propugna el cuidado del cuerpo como una forma privilegiada de subjetivación. Es de resaltar cómo hay una adaptación a la

dinámica de la velocidad que propone el mercado, celeridad que caracteriza las prácticas del discurso médico y de la salud. Los resultados se han de ver lo más pronto posible. En este momento particular de la historia lo importante es que lo prometido o anunciado se pueda ver rápido: *“Todo adquiere una velocidad de vértigo para que <<el personal>> no se aburra. Se tocan todos los temas superficialmente y no hay tiempo para profundizar en nada, por lo que uno se acostumbra a no razonar y a aceptar la realidad que se está construyendo alrededor”* (Agulló, 1999, p.202). Pareciera que no se pensara mucho en los riesgos sino solo en los “beneficios”, de hecho una constante en las personas o pacientes entrevistadas para este trabajo es no imaginarse ni preguntar por los dolores postquirúrgicos. Inclusive yo mismo no pensé ni quise pensar en el dolor; aun cuando de manera real todos lo padecemos nadie le dio relevancia al dolor.

Hoy más que nunca, como decíamos en el primer capítulo, la publicidad y la visibilización de los cuerpos modélicos, los que venden, los que facilitan el mercado, responden a una serie de números, establecidos por el índice de masa corporal o por los reinados de belleza (90-60-90). La obesidad no entra en dichos esquemas, es mostrado como antagónico. Es un visible-invisible. Y esto no sucede porque se proponga como imagen explícita del antagonismo de salud-belleza, sino por omisión. Incluso a veces se evita la palabra obeso, se utiliza más el discurso médico de las co-morbilidades y enfermedades crónicas para disuadir al cambio de vida, pues es más efectivo. Así, un ejemplo de una campaña contra la obesidad en Inglaterra nos muestra cómo esta binariedad (saludable-enfermo) opera por ausencia: *“Una nueva campaña publicitaria, estilo de dibujos animados advierte que el comer demasiado y no ejercitarse lo suficiente puede dañar la salud a largo plazo. Pero no hay ninguna mención de la obesidad en los anuncios de televisión, diseñado por M & C Saatchi, la agencia de publicidad y Animaciones Aardman, que hicieron los dibujos animados Wallace y Gromit”* (“Publicidad contra la obesidad: No mencionar la palabra obeso” 2009). Se evita a toda costa usar el término, aunque la publicidad va dirigida a niños y por consiguiente a padres de familia, pues muchas personas no se consideran obesos. Es tan claro el peso de lo obeso en el discurso actual que la mención de tal categoría bien podría resultar funesta aún para intervenirla. Sin embargo, el fantasma de lo obeso se hace escuchar, cual fantasma del padre de Hamlet que con su presencia espectral tiene una contundencia que se ancla en la palabra, reveladora de verdades que están cerca al margen.

Lo interesante del asunto es que los mismos médicos parecieran estar en concordancia con la publicidad, la palabra obeso es mejor no mencionarla: *“El Departamento de Salud insistió en que no se citan frases para evitar la obesidad, Sir Liam Donaldson, médico jefe de la oficina de Inglaterra, dijo: ‘Los estudios han demostrado que las personas responden más, al ver las consecuencias, que se refieren a la acumulación de grasa pudiendo ser peligrosa y no sólo la palabra obesos’”* (“Publicidad contra la obesidad: No mencionar la palabra obeso”, 2009). Casi que si se pudiera evitar la palabra sería mejor, pero, seguramente, todos sabemos de lo que se trata. Una imagen no es solo lo que se ve sino también lo que lleva a imaginar, en este caso la publicidad es contra la obesidad aunque no se mencione la palabra. Aquí se abre otro campo, el de las prácticas lingüísticas y de las representaciones sociales y culturales sobre la obesidad que analizaré en el capítulo siguiente. Vale resaltar que a ninguno de los entrevistados intervenidos su doctor les dijo: *“usted está obeso, lo mejor que se opere.”* Lo que sucedió fue que sus médicos les dijeron: *“usted cumple con los criterios para la cirugía”*, porque ninguno de los entrevistados consultaba para saber si estaba obeso, eso ya estaba asumido, como fue mi caso.

## **2.5 Zona de limbo: El desconcierto de vivir en un mundo hiperclasificado**

De otro lado, no siempre el dictamen y el procedimiento médico operan con la efectividad prometida. Hace poco la agencia de noticias *Associated Press* relataba la lucha feroz de una chica norteamericana, Paris Woods, de clase obrera, estadounidense, de raza negra, cuya dieta alimenticia es la más económica pero a la vez la que más produce acumulación de grasa (Pollo frito, hamburguesa con tocino y chocolates), y que ha ingresado a un proceso experimental del Centro médico de la Universidad de Rush de prevención contra la obesidad. Aunque al final del tiempo desistió porque se cansó de solo comer una dieta vegetariana: *“El doctor Joyce, en cambio, dice que no fue todo tiempo perdido, pues Paris pudo haber subido mucho más de peso y sigue sin ser obesa... Mantener una dieta saludable y hacer ejercicios siguió siendo una batalla constante para Paris y sus padres.”* (“Peleando contra la obesidad” 2010) Pero por más que Paris luche o deje de luchar, el fantasma de la obesidad seguirá rondando, se lo recordarán sus compañeros de clase o los íconos de cuerpos estilizados. Aparece con esto una fase que yo llamo *zona de limbo*, se es

pero no se es, que por cierto es recurrente de manera sorpresiva en las personas post-operadas, saberse en términos de lo físico fuera de la obesidad pero con un temor latente de ganar lo perdido. Esa zona liminar tendría muchos matices y variables, como lo decían algunos testimonios citados en los que los entrevistados no se reconocen como obesos, aunque cualquier otro podría pensarlos así. Pero negarse a sí mismos a entrar en tal esfera o escabullirse del exceso de carnes para protegerse de ese potencial estado, suele acontecer con cierta idea de que estos sujetos a la obesidad se conocen lo suficiente como para desconfiar de sí mismos.

Todos estos movimientos frente a la obesidad surgen de la experiencia de vivir en una sociedad donde la salud es valor intangible, aunque con beneficios “tangibles” y pese a la idea que avizoramos de una obesidad sin exceso de carnes. Se trata entonces de imaginarios de peso, de imágenes sostenidas en el discurso y en las prácticas. Por eso la idea inicial del primer aparte de este capítulo, que reiteramos con la semióloga Gabriela Simón:

*“Estas sociedades terapéuticas apuntan a un objetivo tan claro y preciso como inalcanzable: el bienestar ‘pleno’. Nos preguntamos hasta qué punto no resulta paradójico hablar de bienestar pleno y absoluto cuando el mundo se (nos) cae a pedazos y en el cual resulta poco menos que imposible para una gran mayoría, no ya ser bellos, sino trabajar, comer (cualquier cosa) y poder contar con las instituciones garantes de la llamada ‘salud pública’” (2005, p.37).*

Y esta sociedad hiper-terapéutica hará de ciertos cuerpos, como el obeso, campos de combate, presencias-ausentes que habrá que erradicar utilizando todos los medios posibles.

### **3. REPRESENTACIONES DE LA OBESIDAD: EL OBESO Y SU SIGNIFICADO**

Hemos visto a lo largo del trabajo cuándo, cómo y por qué emerge el cuerpo obeso y el papel clave que ha jugado la medicina en esa dicha emergencia. Para ello nos hemos apoyado en una perspectiva foucaultiana e intentado articular, como propone Castro Gómez, los Estudios Culturales y la Filosofía. En este capítulo nos adentraremos en el tema de la obesidad, problematizándolo de la mano de los Estudios Culturales, así como de las representaciones y las prácticas lingüísticas que han cosificado al cuerpo obeso en planos de exclusión.

El *objetivo* de este capítulo es identificar las representaciones del cuerpo obeso. Siguiendo a Stuart Hall se pretende dar cuenta de las mediaciones han constituido la organización de representaciones en torno al cuerpo obeso y a la obesidad.

#### **3.1 La importancia de Hall en el asunto de las representaciones corporales**

A esta altura del trabajo ya es posible afirmar que el cuerpo obeso, antes que un concepto médico, es fruto de unos múltiples trazos y matices, de convergencias y fugas que pueden ser rastreadas y que al serlo se transforman en una cartografía rica de significados y matices. Lo que creemos saber del cuerpo obeso, lo que nos dicen los medios de comunicación, lo que se propaga a través de los lenguajes cotidianos, pasa por la construcción de la representación que tenemos de él. Hemos elaborado unos imaginarios en los que no pocas veces se da por sentado que el cuerpo es una realidad ya dada y terminada. Sobre esas ideas que damos por sentadas el pensamiento de Stuart Hall aparece como un crítico que nos hace ver esas ideas de otro modo: *“El punto es que estamos hablando no de una colección aleatoria de conceptos, sino de conceptos organizados, arreglados y clasificados dentro de relaciones complejas. Esta es la manera como tenemos nuestros sistemas conceptuales”* (Hall, 1997, p.5). Se da, pues, una serie de vertientes, articulaciones entre premisas e idearios colectivos que terminan por formar esa visión sobre lo corporal, que no es uniforme sino múltiple. Sin embargo Hall sabe, como lo indican los estudios de Henry Giroux, que el discurso tiene una operatividad y ejerce un poder en la vida ordinaria, es decir, que el discurso le da sentido a las cosas que damos por ciertas: *“El discurso no niega la existencia de la realidad material, pero hace problemático el cómo se*

*le da sentido y como este sentido a menudo se traduce en efectos materiales, discernibles”* (Giroux, 2001, p.104). Lo novedoso de Hall y de los estudios culturales está en ser crítico con el criterio hegemónico pero sin caer en la ingenuidad de los efectos de verdad de los discursos oficiales.

Stuart Hall es significativo para los estudios sobre corporeidad ya que trae a colación el asunto de la *representación* como una línea de investigación que se pregunta por las identidades y por los imaginarios que se constituyen en escenarios de verdad desde donde se mueven las sociedades. El concepto de *representación* me lleva a evaluar las producciones de sentido en el contexto en el que me muevo, a replantear la osificación de las ideas, realidad de la que nadie escapa. El uso del término *representación* en estudios culturales, como decía anteriormente, sugiere una ruta de investigación y a la vez un marco conceptual, máxime si la *representación* habitualmente se entiende como la imagen que sustituye la realidad, por lo tanto se abren otras lecturas con estos términos: imagen y sustitución. Esta conclusión a la que llega Hall viene a convertirse en una motivación para este trabajo; para Hall los imaginarios y las relaciones sociales no se hallan nunca fuera de del juego de significados, de representaciones insertas en ideologías, como dijera él mismo: *“Los sistemas de representación son aquellos sistemas de significado a través de los cuales representamos el mundo ante nosotros mismos y ante los demás”*. Por lo tanto se reconoce que el conocimiento ideológico es el resultado de costumbres específicas, implicadas en la *producción de significado*” (Hall, 1998, p.5). Esta idea, sin caer en un vago relativismo, nos lleva a estudiar las formaciones sociales de la identidad y a comprender que la identidad no es definitiva, es más, no hay identidad, hay identificaciones.

En este tipo de reconocimientos y apertura de horizontes simbólicos de los estudios culturales es que el término *representación* nos ayuda a pensar el cuerpo y de manera más específica la obesidad, no como una configuración obvia, tal vez de orden ontológico, de clasificación médica y biológica, sino como el fruto de unos trazos y unos trayectos en donde hay una sutilidad que se instala en la memoria y que permite ver como a un enemigo social al cuerpo obeso. El cuerpo es un plano cuyo significado inmediato es el recorrido de las disputas, las marcas de la historia, las concreciones de las ideologías pero sobre todo él mismo es el corazón donde reposa el testimonio de múltiples luchas. Como dijera el poeta

francés Paul Valéry: *“Lo más profundo es la piel”* (2007, p.56). Y en la piel de la historia, que bien podrían ser los cuerpos, la infinitud de cuerpos, están inscritas las heridas, las mordientes, las flaquezas y los deslices del interior.

Cuando hablo de una suma de elementos que constituyen una *representación* sobre un determinado cuerpo es porque quiero recalcar que nunca una *representación* es ingenua ni aparece de manera fortuita, siempre responde a un tipo de razón, a unos elementos que posibilitaron tal forma de ver el mundo, como ya nos lo indican Lluís Duch y Joan Carles Melich: *“No se puede pasar por alto el hecho de que en todas las culturas humanas, la representación del cuerpo humano, nunca ha sido un quehacer descontextualizado, objetivo y aséptico. Es evidente que todas las representaciones que se han hecho de él... se han concretado y aún siguen concretándose, por el uso de mediaciones simbólicas... que se encontraban a disposición de una cultura”* (2005, p.29). Con esto, el cuerpo, en su dimensión estrictamente física, y la obesidad misma, como expresión de un tipo de cuerpo, quedan planteados como la suma de unas relaciones históricas que siguen un modelo porque dentro de la representación de la obesidad, están planteados unos cuerpos que tendrían más valor que otros. Todas las personas entrevistadas, exceptuando a los médicos a quienes no se les formuló tal interrogante, respondieron que sí había un modelo corporal propuesto por los medios de comunicación, que en las familias era considerado importante estar delgados y que en el caso de los amigos, si bien no se hablaba explícitamente del tema o de modelos exactos, lo que sí está claro para todos es que la búsqueda es muy concreta: hay una idea de un cuerpo ideal, sano y aceptable y, por lo tanto, uno no deseado, enfermo y rechazado.

En la medida que el cuerpo es pensado, es decir, se teoriza y a la vez se representa, es más que un organismo: es una red de relaciones sociales- culturales específicas que lo nombran, delimitan e interpretan. El cuerpo se transforma en un objeto de pregunta tanto en lo subjetivo como en lo teórico; la teoría es de hecho una representación, una simbolización, una serie de imágenes mentales que se quedan en la cabeza cuando la palabra cuerpo es pronunciada; cada representación es muy específica y se imagina el cuerpo de una determinada manera. El sentido, dado por el contexto, la lengua y ciertas particularidades permiten entender ese cuerpo de un modo singular. Si, como dice Hall: *“La representación*

*es la producción de sentido de los conceptos en nuestras mentes mediante el lenguaje y es el vínculo entre los conceptos y el lenguaje el que nos capacita para referirnos sea al mundo 'real' de los objetos, gente o evento...*" (1997, p.4), entonces, es una apuesta por cierto sentido la que se ha promovido en el mundo de la modernidad y la que ha determinado una cierta clasificación del cuerpo y de los cuerpos. Es fundamental esta definición de Hall porque será la base de la crítica a las definiciones estandarizadas de los cuerpos y no solo para ellos sino para las mismas prácticas sociales, los lenguajes establecidos que terminan por condenar, absolver o dejar en el limbo ciertas formas de ser y de vivir en el mundo.

### **3.2 Imaginarios, prácticas y representaciones en torno al cuerpo obeso**

¿Es posible imaginar el cuerpo obeso sin articularlo con la anormalidad? ¿Es la obesidad de entrada una categoría que representa lo enfermo? Los adjetivos que se le colocan al cuerpo podrían darnos a entender qué idea tenemos de él. La experiencia personal e interpersonal me indica que lo obeso implica una serie de representaciones en negativo. Si de hecho aún resulta un dilema saber enunciarse desde *tener un cuerpo* o *ser un cuerpo*, esta duda se extiende al asunto de mantener al cuerpo en la línea de la normalidad, pues resulta aún mucho más complejo, especialmente cuando los adjetivos que lo acompañan son apodosos que invocan una especie de animalización que es muy común que le pase a aquel cuyo cuerpo es definido como obeso. La animalización del cuerpo es una práctica lingüística que posibilita subvalorar al otro. Ya lo insinúa la antropóloga Beatriz Montoya en el texto sobre el valor de la carne humana: "*Animalizar el cuerpo humano es una forma de deshumanizar su apariencia y de hacer lícita un acción percibida como abominable en otras circunstancias*" (2009, p.405). Y es una manera de entender el cuerpo como una forma inferior, no aceptada. Animalizar en este caso es considerar como una subespecie lo obeso.

Apodosos como *marrano*, *chancho*, *popocho*, *vaca*, *bola de sebo* hacen más compleja la relación con la dimensión corpórea, ya que la animalización del cuerpo obeso a través del lenguaje constituye otra forma discursiva de la anormalización. En esa animalización

subyace un concepto moral, porque el obeso que *es animal*, es un sujeto que no se comportaría como un ser humano y se le critica porque no es capaz de contenerse, así que los humanos se contendrían a la hora de comer, los animales no. Sin embargo, no deja de ser curioso cómo la forma de los animales que más se consumen en la sociedad colombiana (vaca y cerdo) son los asociados a la obesidad en el lenguaje cotidiano.



Imagen del hombre-cerdo

Pero las prácticas lingüísticas que se constituyen alrededor del obeso no solo reposan en la animalización de los sujetos obesos, también se hallan en el orden de reconfigurar términos y a darles otro sentido y otro valor. Un ejemplo de lo anterior podría ser el término *flaco*, palabra usada frecuentemente en el contexto lingüístico colombiano. En el imaginario popular se ha quedado impreso el término “flaco”, para hablar de alguien escaso de carnes, pero ese imaginario se conecta con otras a su vez. Una persona flaca se puede asociar a lo frugal, ésta a su vez a alguien contenido o mesurado en lo que se refiere a la alimentación y por lo tanto a lo virtuoso, pues *el que mucho come* es una persona desmesurada y se liga a la gula, por cierto, uno de los pecados capitales, según la teología cristiana.

Como podemos ver estas asociaciones no surgen por generación espontánea, poseen un sentido cultural y responden a una matriz histórica. Una sola palabra como “*flaco*” es fruto

de una serie de asociaciones y de relaciones que provienen de un pasado que pervive en el presente. En este caso podría ser el cristianismo, elemento fundacional en lo que a la cultura occidental se refiere, por ello la relación entre delgadez y virtud. Y por oposición aparece el gordo, que es a su vez alguien que no se puede contener en el comer, por lo tanto, el término gordo se convierte también en una palabra moral.

Sin embargo, estas asociaciones caen en la ambigüedad porque cuando el sujeto es niño o niña la gordura se asocia con salud: *“el niño está bien porque está gordito”*, suele decirse. Estas asociaciones se rompen cuando él o ella crece e ingresa a la pubertad como ser sexual (no es que antes no sea sino que ahora hay un reconocimiento social de su sexualidad). Sólo hasta ahora, y muy recientemente, hay una preocupación pública en cuanto a la asociación gordura-salud en la infancia, pues el concepto de obesidad infantil es una emergencia reciente. Y cómo siempre son los países del primer mundo los que inician con situaciones problemáticas que luego se diseminan como modelo a replicar en otros países, ejemplo de ello son las actividades recientes de la Primera Dama de los Estados Unidos: *“Michelle Obama presenta 70 propuestas contra obesidad infantil y afirma que se destinarán todos los recursos posibles para garantizar a cada niño en EU un futuro sano y feliz... presenta su plan de trabajo para reducir los niveles de sobrepeso y obesidad infantil”* (“Michelle Obama presenta 70 propuestas contra obesidad infantil” 2003). Se inicia, pues, una suerte de *cruzada* contra la obesidad infantil en países del primer mundo. Sin embargo, asalta la pregunta sobre si la obesidad es enfermedad sólo en la adultez y en la infancia es sinónimo de gracia y belleza.

Sin duda, toda discriminación se da en el campo de la ambigüedad, de la extrañeza, de la apariencia que resulta no del todo apropiable. Pero puede resultar claro que desde nuestra comprensión de obesidad establecemos unas relaciones, y no me refiero sólo al concepto, sino a las personas que encarnan esa idea previa que tenemos. La idea no es sólo una imagen mental, la idea se convierte en hechos, los mismos que producen el *temor médico* de que cualquiera de nosotros pueda llegar a ser obeso.

### **3.3 La obesidad como alteridad: escenarios de exclusión corporal**

El trabajo que Hall ha hecho sobre etnicidad y raza y en el que descubre cómo por negación, por des-conocimiento, por ejemplo, la cultura blanca británica domina y

conceptualiza lo negro pero a su vez no sabe qué es ella, ni llega a establecer un tipo de relación por oposición con lo negro: “*Los ingleses son racistas no porque odian a los negros, sino porque no saben quiénes son sin los negros*” (Hall, 1989, p.277). Este es un trabajo que inspira, que permite descubrir otros procesos de formación de lo subalterno. Infiero entonces que el des-conocimiento produce la tentación de calificar eso que no sabemos muy bien qué es. *Lo negro* o, en el caso de este trabajo, *lo obeso*, son categorías sociales con las que se puede hacer el parangón en el rango de ciertas prácticas de exclusión.

La exclusión es la posibilidad de convertir a un sujeto o a una comunidad en otro distinto a mí, otro del que soy ajeno, y es lo que permite identificarme por oposición, por contradicción. Así el proceso de exclusión de los cuerpos obesos los transforma en un *alter*, en otro que produce un extrañamiento, una distancia ontológica. De una manera un tanto semejante, guardadas todas las proporciones históricas, se puede hablar del extrañamiento que produce el negro en la comunidad blanca y que bien describe Hall en su trabajo teórico.

El obeso viene a ser como un *otro* en el mundo de lo *uno*. La mirada en el espejo se puede convertir un ejercicio tortuoso, porque la mirada del que mira está mediada y construida por la mirada de los otros; no es solamente su mirada, son muchas las miradas que reposan en sólo dos ojos. El disgusto con el propio cuerpo proviene del juicio, que es a su vez una mirada, de esa canonización que no permite cuestionamientos y como nos dice un estudioso de Foucault: “*Gracias a estas prácticas, el cuerpo es, por así decirlo, enajenado, y comienza a ser una propiedad, de los dispositivos, una función, una herramienta disponible que puede ser solicitada a cada momento*” (Albano, 2005, p.82). Aquí nace el dolor de ser otro, es el cuerpo ajeno a cierto sentido de belleza porque el cuerpo no es lo que debería ser.

Es plausible la objeción de Deleuze al juicio demoleedor, a esa recirculación obcecada, dado que el cuerpo representado en su decimonónica forma es un pie que aplasta la serenidad de la multiplicidad corporal: “*...Un cuerpo de justicia en el que corren los segmentos, se pierden las diferenciaciones, y se difuminan las jerarquías, no conservando más que unas intensidades que componen zonas inciertas, que las corren a toda velocidad y se enfrentan en ellas a unas potencias, sobre ese cuerpo anarquista devuelto a sí mismo* (Deleuze, 1996,

p.184). En esta crítica radical sobre el juicio, Deleuze plantea lo que llama el *cuerpo anarquista* superando la crueldad con la que se había establecido el estandarte de las representaciones del cuerpo clásico que, entre otras, no es factible asirlo, ni ocuparlo o beber de su mano.

El historiador de arte Hans Belting afirma: “*Toda representación del ser humano, como representación del cuerpo, es obtenida de la aparición... la persona es como aparece en el cuerpo*” (2007, p.112). En consecuencia la representación sería el efecto de significado a su vez este significado es lo que nos permite un tipo de relación específica con el cuerpo, no es una añadidura. Por lo tanto esa manera de representarlo debe ser cuestionada desde la ética pero sobre todo desde la política, dado que a través de las prácticas de representación el cuerpo obeso es criticado, vilipendiado y negado para que exista; moralizado para que su crítica tenga un peso metafísico; medicalizado para que tenga un peso científico su negación.

La gente nombrada como obesa y que busca intervenciones quirúrgicas, se percibe fuera de un círculo de aceptación del propio cuerpo. Existe, de hecho, una idea de cuerpo específico que venden los medios de comunicación y que no es el propio, es decir, hay una idea preconcebida de cómo debería ser el cuerpo. Hago recopilación al respecto al tomar algunos ejemplos de las personas que entrevisté. Una de ellas me responde al respecto de estas pre-concepciones de la siguiente manera: “*En la familia también hay un modelo de cuerpo que se transmite, aunque la familia no repite tal cual el modelo de los medios de comunicación, el modelo de la familia, creo yo, es el de tener la virtud de abstenerse. De todos modos, sí veo un prototipo corporal ‘no gordo’ que pugna con lo que caracteriza la unión familiar, que es reunirse alrededor de la comida*” (MF, Docente distrital, 35). Frente a las pre-concepciones del cuerpo destaco esta respuesta: “*uno ve en la calle gente con cuerpos que a una le gustaría tener y uno sabe que una no lo tiene*” (AR, estudiante de relaciones internacionales, 22 años), otra respuesta que destaco es la siguiente: “*yo no sigo modelo, pero sé que hay modelos propuestos por los medios, a mí lo que me interesa es tener un cuerpo que sea saludable. En mi familia paterna, mi tía me ha ofrecido plata para que me haga la intervención necesaria, ella es que la que me propone un modelo pues*

*siempre me compara con otras... incluso me dice que el mantenerme gorda es porque no me quiero*". (MA, estudiante de relaciones internacionales, 21 años)

Intento exponer, citando estos testimonios, que hay un modelo imperante y que ese modelo termina teniendo algún tipo de relación con el cuerpo, ya sea por negación o por identificación. La forma hegemónica se vuelve un referente que modifica la manera personal de asumir el propio cuerpo. En el último de los casos citados podemos observar cómo incluso se apela al amor por sí mismo para poder bajar de peso, incluso, y de manera paradójica, se llega a aseverar que el asunto radica en "no quererse" cuando la imagen propia es obesa y la modélica es ajena. Entonces, el discurso del amor propio se traduce en el afán por consolidarse para otro, mientras realmente se propone el rechazo de lo propio. Y allí, la familia funciona como un articulador entre los modelos corporales de representación y las particularidades de cada uno de sus miembros, particularmente si en la familia hay problemas de obesidad.

Recuerdo que en el discurso de mi madre nunca se ha referido a sí misma como obesa, sin embargo, reconocía con cierta obsesión los *signos* de la obesidad. Y eso me hacía sentir diferente, otro dentro del "nosotros" de la familia, distinto en relación con el mundo.

De esa hegemonía política, social, cultural y hasta corporal se presentía en textos literarios, como *1984* de George Orwell o *Un mundo feliz* de Aldous Huxley serán promesa de la introducción de la tecnología y de las comunicaciones en lo más íntimo de las sociedades. "*Nuestra época ha visto la proliferación de publicaciones ilustradas, revistas del 'corazón', carteles de todo orden, videos y junto a ello, y por encima de todo la prominencia de la publicidad pro-adelgazamiento, que aprovecha masivamente todos esos medios*" (Toro, 1996, p.93). Es imposible no reproducir el esquema corporal de la delgadez que implica el rechazo de la obesidad. Los cuerpos compiten entre sí, con ganancias insospechadas entre los ganadores, los concursos de belleza ya no quedan sólo en el ámbito de lo femenino, los hombres entran a pelear por ostentar el título del Señor Universo, o el del hombre más hermoso.

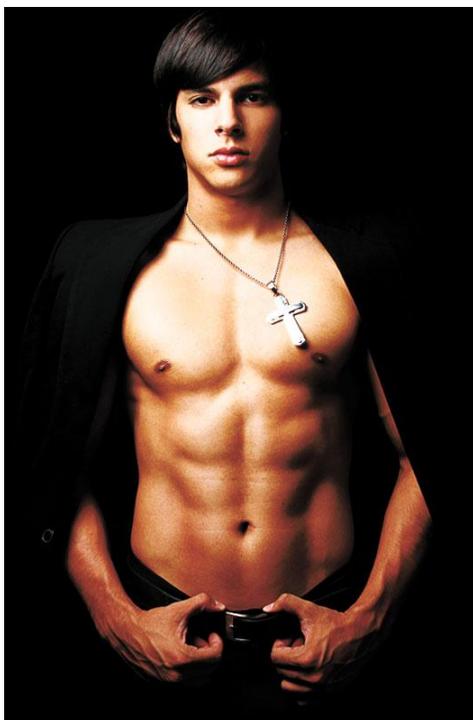


Imagen de Nelson Gutiérrez, Mister Universo de Bolivia.

La industrialización de los ámbitos más íntimos, como la del vestido, hicieron de la vestimenta otra cosa, como dijese Joanne Entwistle: *“Las modas dejaron de ser un fenómeno que se va determinando casi exclusivamente en función de movimientos sociales”* (2002, p. 95) o de la clase. El vestido y la moda han cambiado su sentido, estas se amoldaban a los cuerpos, ahora los cuerpos se tienen que amoldar a ella; la moda es una industria y la industrialización exige categorías estandarizadas para su producción de modo que lo primero que se exige es un cuerpo estandarizado. Evidencia de lo anterior es la estética *pin up* en la que la imagen femenina, sonriente y sutilmente provocativa; pareciera ser un añadido al lado de los productos que se quieren promocionar (una lata, una cámara fotográfica etc.) El cuerpo tiene ahora un significado y un poder inusitados en la publicidad, y ese modo de uso *“del cuerpo en la publicidad, en el arte, la prensa o en el cine no ha hecho más que aumentar nuestro desasosiego ante un cuerpo humano que sabemos en plena reestructuración y reconstrucción por científicos e ingenieros”* (Bernardez, 1999, p.31). Y ahora más que nunca en manos de los mercadólogos.

Si una forma, una estética o un cuerpo no entran en los juegos de verdad y de normalidad se transforma en *otro*. La obesidad ha sufrido el proceso de convertirse en otro, por las razones que he venido exponiendo. Es una *otredad* formada por fuerzas y por formaciones que han permitido que se convierta en una realidad que nadie quiere llegar a ser. Stuart Hall en su texto "*The Spectacle of the Other*" publicado en el texto *Representation: Cultural Representations and Signifying Practice*, pone esa otredad formada desde el ámbito del espectáculo. Los medios y la publicidad han configurado una serie de símbolos y signos que han devenido conversión de una fantasía visual en donde se forman caracteres y características que convierten a ese *otro* en una imagen de lo negativo, de lo indeseable. Si bien él habla de las formaciones raciales en el texto, me parece pertinente el equivalente aquí de la formación de la obesidad como un *otro*. Insisto en que la publicidad ha hecho de la obesidad un espectáculo aberrante. Por ejemplo, un comercial de televisión de la empresa farmacéutica Roche en donde un *pedazo de grasa* (un gordito) con patas y ojos persigue a una mujer hermosa y ésta huye tratando de evitar que el *gordito* le dé alcance; para evitar que ese *monstruo* la alcance ella debe seguir el tratamiento que la empresa farmacéutica le ofrece.

Stuart Hall es quien introduce el término de *naturalización* como una manera en la que la representación se convierte en un *dogma* en una especie de simbología indiscutible: "*La naturalización es por consiguiente, una estrategia representacional diseñada para fijar la "diferencia" y así asegurarla para siempre. Es un intento de detener el "resbalamiento" inevitable del significado, para garantizar el "cerramiento" discursivo o ideológico*" (Hall, 1997b, p.364). Es el intento por convertir en fijo un significado, es decir que se cierra y no es posible introducir en él nuevas variantes, de modo que parezca ya dada, una materialidad explícita que no exige controversias. La naturalización produce a su vez estereotipos, que no son más que asumir el todo por una parte, y esa visión parcializada construye a su vez unos límites que excluyen, porque va formando o construyendo *otro* que es diferente a mí, que no se me parece, que es lejano; aunque esta sea una forma de sometimiento. El estereotipo, parafraseando a Hall, es la formación social con la que se construye al excluido y ese excluido es otro.

La construcción de la *representación* es una práctica de poder; la construcción de la diferencia es una metodología con la cual la hegemonía pone unos límites en los que dispone qué es lo normal y qué no lo es. Lo *otro* es una representación que ubica a lo *diferente* en un ámbito de lo extraño pero que en este caso de la obesidad lo invita radicalmente a *normalizarse*, a convertirse o a reconvertirse según sea el caso, como pasa con muchos negros en su afán de blanquearse. Pero si Hall tiene razón, el significado no es un término fijo pues tuvo un inicio histórico, con unos matices políticos y culturales determinados, hallables y documentables en la historia; luego, es posible revertir las prácticas de exclusión contra la obesidad y transformar la mirada que lo excluye y que lo pretende antiético o antiestético o todos los “anti” que nos podamos imaginar.

### **3.4 El consumo de la representación de lo bello y de la obesidad: mercantilización de la obesidad**

El concepto de belleza es un concepto histórico y siempre responde a unos moldes específicos. Esa belleza será el significado del dominio de unos criterios y la causa del vértigo de otros, el imperio de unas líneas sobre otras, de unas medidas por encima de otras viene a ser la regla preponderante. Podríamos referirnos a este imaginario con el nombre de *Representación hegemónica de la belleza*, que se ratifica en los testimonios de personas entrevistadas, pero que se evidencia en aquellos que consideran posibles las intervenciones quirúrgicas para su propio cuerpo, como podría constatar el siguiente caso, a quien el tema de la obesidad siente que la persigue desde la infancia y reconoce el peso de la imagen perfecta que la acosa: “*Es contradictorio cómo las modelos que presentan en los medios no se ven bien, se ven, de alguna manera enfermas y sin embargo es el modelo a seguir*” (ML, mujer profesional, 30 años). A pesar de que sea perceptible que su saber médico pesa, su posición es la de que no hay nada que hacer sino seguir. En consonancia, para ella esa *Representación hegemónica de la belleza* se convierte en una llave que permite entrar a cierto mercado: “*Sé que si yo me operara, entraría en el mercado nacional de los solteros*”. Por lo que no es lejano decir que sólo desde la consecución de la imagen de belleza hegemónica el mercado es una posibilidad real, no meramente virtual.

El uso de la palabra mercado por parte de ella, incluye el sentido de la oferta, de la competitividad o de las competencias y, por tanto, de la resignación de que mientras no consiga dicha imagen será muy difícil, por no decir que imposible, lograr el deseado vínculo con el otro. La sospecha de ML, de que los afectos han entrado en el círculo del mercado ya lo constata Eva Illouz cuando describe las circunstancias del afecto en el mundo actual al decir: *“El capitalismo emocional es una cultura en la que las prácticas y los discursos emocionales y económicos se configuran mutuamente y producen lo que considero un amplio movimiento en el que el afecto se convierte en un aspecto esencial del comportamiento económico y en el que la vida emocional sigue la lógica del intercambio”* (2007, p.20). Los afectos como el cuerpo mismo en su capacidad de despertar emociones y deseos entran a funcionar desde la lógica de los mercados, del consumo y de las ganancias.

Buscar el *cuerpo perfecto*, o por lo menos *normalizado*, en el estándar del mercado es un acto que está al lado del de conservar la *normalidad* que ya se posee. Como la siguiente apreciación, quien piensa lo siguiente: *“Yo empecé a ir al gimnasio desde los 15 años... pero no he dejado de ir desde la vez que subí de peso diez kilos. Me fui a vivir a Estados Unidos y como todo el mundo me jodía me puse las pilas con eso. Aunque yo sé que ya no estoy gordo, es bueno mantener el cuerpo siempre a raya”* (JDM, estudiante de comunicación social, 21 años). JDM, estaría dentro del imaginario de un cuerpo modélico: mide 1.82 mts, pesa 80 kilos y se perciben sus músculos moldeados en el gimnasio. Le pregunto sobre el tiempo dedicado al gimnasio y me responde: *“Todos los días hora y media de pectorales y piernas y media hora de cardio, aunque debería dedicarle más a cardio”*. Podría decirse que es bastante tiempo, por lo que movilizó la pregunta por la dedicación al cuidado para preguntar por su posición con relación a lo obeso y JDM dice: *“Para mí, para mí, todo obeso es un perezoso, es gente que no se cuida, que no se quiere, que no quiere su cuerpo, si quisieran su cuerpo harían algo por él”*. Lo que hace JDM en relación con su cuerpo es *sobresaliente*, dedica extenso tiempo a cuidarlo, pero llama la atención la sinonimia del “ejercicio”, *“mantenerlo a raya”*, *“luchar para dominarlo”*, pues evidencia una contienda contra sí. Tanto a los unos como a los otros los marca el juicio y el *fantasma*, en el sentido lacaniano, de no tener un cuerpo *normal o aceptable*, en un caso

porque se padece y en el otro porque se evita a como dé lugar el avance de la realidad de lo obeso.

Aquí, el padecer va en doble vía, como lo entraña su origen etimológico (*Pathos*), lo obeso se puede leer tanto desde lo pasional como desde lo enfermo. Por la preponderancia del *discurso de la ciencia* se lee más desde lo enfermo. Lo enfermedad no es sólo la ausencia de la salud, es *padece*, *experimentar* otra forma del cuerpo y desde lo mórbido, la enfermedad crea otras representaciones que se imponen en lo corporal.

La *representación hegemónica de la belleza* se convierte en un *chip cultural*, en un dispositivo de poder que hace que unos tengan un adjetivo de orden binario que se da en oposición a otro, *flaco-gordo* y/o *delgado-obeso*, dupla que congrega a unos y a otros aparta. Esta *representación hegemónica* produce formas subjetivas, regula y recrea todas las técnicas del yo que dan lugar a prácticas en las que los sujetos se hacen, como “*un modo adecuado por los expertos (que le permitiría al sujeto) alcanzar la ‘normalidad’, y la ‘salud mental’*. Estas tecnologías del yo permiten localizar a un sujeto incipiente en el medio de un complejo entramado, de técnicas, procedimientos disciplinarios y dispositivos del poder” (Albano 2005, p.38). Los sujetos no alcanzan a dudar del poder de las intervenciones tecnológicas de la salud para que los lleve a la normalidad, más bien dudan de sí mismos. Por lo tanto, *la normalidad*, es un conjunto de reglas interiorizadas, no fáciles de evadir, que dan paso a considerar unas formas como aceptadas e impulsadas, otras maneras estarían descartadas y a su vez combatidas. Pues como lo señala Foucault “*en los diferentes ámbitos en los que el cuerpo está en juego, el régimen ha de establecer una medida... por lo que respecta al cuerpo, lo que es útil es lo que está dentro de la justa medida y no lo que es un exceso o un defecto. Ahora bien, esta medida debe comprender tanto el orden corporal como el orden moral*” (2005, p.112).

### **3.5 Otro cuerpo para el cuerpo: adquiere y consume belleza**

*La representación hegemónica de la belleza* posa de neutral e inocua, y esto en sí mismo entraña una contradicción, dado que los intereses y los mecanismos de una forma de pensar no son espontáneos, serán siempre políticos. Todo dispositivo de poder, es una práctica que busca mantener, fortalecer o tal vez reelaborar un imaginario o una formación social. El

concepto de belleza que hoy tenemos y que no recoge a los obesos, y que a su vez es una exclusión, sigue siendo un *juicio*. Se deduce de ello que “*la diferencia interrumpe la operación universal, y al mismo tiempo detiene la máquina de control y dominación... El conjunto de estos procesos es lo que permite construir una subjetividad epocal, imponiéndole al deseo una dirección, circunscribiéndolo a una frontera, a un ámbito de expresión no conflictivo...*” (García Hodgson, 2005, p.36). Esa *representación hegemónica de la belleza* es un saber normalizador, una fuerza simbólica que nos empuja a buscar “*otro cuerpo para nuestro cuerpo*”, por eso la necesidad de entrar en el circuito de lo normal, casi una emulación a lo que hacen algunos miembros de la población negra cuando quiere “*blanquearse*” -espero se me permita la comparación-.

Es entonces cuando la búsqueda de *otro cuerpo para el cuerpo* se convierte en una industria, en un mercado. Tendría razón nuestra entrevistada ML, cuando se refiere a que en último término de lo que se trata es de entrar al mercado, a un determinado tipo de “*mercado*”. Eso implica que la búsqueda del adelgazamiento se convierte a su vez en una industria que genera abundantes capitales. En la Investigación del Psicólogo y Psiquiatra español Josep Toro se pueden ver luces del crecimiento de semejante empresa y cómo en los Estados Unidos, país que según la página web [joryx.com](http://joryx.com) es el que más obesos tiene en su población con el 31%, seguido de México e Inglaterra, el aumento de dicho comercio crece de modo geométrico sin detenimiento alguno:

*“Al iniciarse la década de los ochenta se calculaba que los americanos gastaban unos diez mil millones de dólares en servicios y productos para perder peso (Chernin 1981). Más adelante, en un solo año, concretamente en 1988, gastaron 74.000 millones de dólares en alimentos dietéticos y programas para adelgazar... la industria británica del adelgazamiento está facturando más de un billón de libras por año (Sanders y Bazalgette, 1994)”* (Toro, 1996, p. 238).

Primer y tercer país con mayor población obesa, de los más industrializados del mundo, el dato de México no lo tenemos, posiblemente será menor pero quizás por incapacidad económica.

Lo mismo podríamos decir de Colombia, aunque no tengamos cifras precisas, *a priori* es posible afirmar que los comerciales y productos de adelgazamiento han aumentado. En esa búsqueda del cuerpo deseado, no cesan las compras y las inversiones. De hecho Colombia

se ha convertido en un destino quirúrgico-turístico de proporciones insospechadas, como lo reconfirma el portal web de promoción del país Conexión Colombia: *“Cualquiera que sea el tratamiento, el turismo médico ha cobrado tal popularidad que existen en la actualidad varias agencias de viajes dedicadas exclusivamente a este negocio. Los paquetes incluyen alojamiento, transporte, alimentación, el tratamiento médico que el paciente escoja, y, si lo desea, una persona encargada de acompañarlo durante el proceso”* (“Colombia como destino turístico y médico” 2010). Crece tal turismo, porque es económico, se habla de tratamientos médicos efectivos y se reconoce la calidad. Sin embargo al no tener cifras exactas del incremento de este tipo de turismo, esta realidad es algo que circula en la percepción de un aumento que parece real.

La intención es hacer parte del cuerpo de la representación hegemónica, es decir, y repito lo dicho por mi entrevistada: *“entrar en el mercado”*. La representación de la belleza es susceptible de ser adquirida, de ser comprada, acumulada, conservada, hacerla propia. Mientras tanto la representación de la obesidad parece ser un ámbito lejano de cualquier concepto de belleza hegemónico. Pero, ¡ay de la belleza que resiste al juicio!

#### **4. UNA OBESIDAD SIN ANGUSTIA: RESISTENCIAS Y SERENIDAD**

Luego de comprender las condiciones en las que emerge el cuerpo obeso, el saber/poder de la medicina en este proceso y las representaciones hegemónicas sobre la obesidad, queda pendiente la tarea ético-política de repensar qué expresiones pueden vislumbrarse cómo formas de resistencias frente a las intervenciones (y políticas) sobre el cuerpo obeso.

El *último capítulo* está dedicado a explorar la resistencia a esas representaciones de obesidad así como a las técnicas médicas de control y limitación de lo obeso. Siguiendo a Michel Onfray y, de manera más tímida, a Jaques Lacan, se hace la apuesta política y ética por sortear, superar, esquivar esas representaciones sobre el cuerpo obeso. En el último capítulo se exploran las posibilidades de resistir a esas representaciones sobre el cuerpo obeso.

##### **4.1 El cuerpo obeso contradice la medida homogénea del sistema: Políticas de control y posibilidad de resistencia**

La obesidad en sí misma encierra una paradoja. El cuerpo obeso puede ser una representación típica de lo que entendemos como capitalismo (la acumulación como garantía de supervivencia y de status quo) y sin embargo, no es el cuerpo que se destaca por ser valorado o amado en el campo de lo social. Son muchas las estadísticas y los estudios a nivel mundial que dejan entender que contra la obesidad se ha declarado una especie de guerra. Las sociedades contemporáneas se preocupan de manera angustiante por el crecimiento de la población obesa. En Estados Unidos existe una fuerte preocupación por la obesidad, de hecho las políticas públicas la han entendido como una pandemia contra la que hay que luchar, como se constata en los reportes anuales de *Trust for America's Health* en cabeza de su director ejecutivo Jeffrey Levi PhD:

*“La obesidad es uno de los más grandes retos de la salud pública que el país haya evidenciado, y las preocupantes diferencias existen basadas en raza, etnia, región e ingresos. ‘Este reporte muestra que el país ha dado firmes pasos en dirección de la crisis de la obesidad de los últimos años, pero la respuesta de la nación aún no ha correspondido a la magnitud del problema. Millones de americanos continúan encontrándose con barreras – como el alto valor de alimentos sanos y ausencia de acceso a lugares seguros para la actividad física- que hacen que las elecciones saludables sean un reto”* (“Fats in fats: how Obesity Threatens America's Future”, 2010).

Este tipo de informes nos dan cuenta de toda la intención de control y de interés que suscita el cuerpo obeso. Es insistente cómo los medios de comunicación dan cuenta de una serie de políticas que predicen una encerrona contra la obesidad. Como lo constata la publicación de un informativo web de argentina sobre un hecho ocurrido hace poco, es posible leer una serie de presiones que desestiman y que reconfiguran lo obeso, lo que podría llamarse una “recorporalización” (*búsqueda de otro cuerpo*): “La compañía aérea Air France-KLM anunció que a partir de febrero los pasajeros cuyos cuerpos ocupen dos asientos deberán pagar un sobreprecio del 75 por ciento. Esto equivale al valor de un segundo pasaje sin los impuestos” (“Obesos a pagar más de un pasaje”, 2010). El cobro del segundo cupo no es más que la orden implícita de bajar de peso, de lo contrario el señalado será sometido al ridículo o, en este caso, será duplicado en su lugar, redoblado en la mirada y en el costo de su cuerpo para otros. Por ello, si el cuerpo no se normaliza, si no es adelgazado tendrá que padecer sanciones morales y, de un tiempo para acá, garantías económicas.

Otro caso comparable ocurrió en Alemania donde un diputado del partido de centro derecha *Democristiano*, llamado Marco Wanderwitz, propone categóricamente un impuesto a los gordos dado su estilo de vida desmesurado: “Hay que poder plantear si los inmensos costos que resultan, por ejemplo, de una alimentación excesiva, deben ser asumidos a largo plazo por el sistema de solidaridad de la salud. Yo considero razonable que quienes tienen voluntariamente una vida insana deben asumir la responsabilidad financiera” (El Tiempo, 2010, 23 de Julio, p.20A). Esta serie de prácticas políticas nos permiten inferir todo el intento de control, de aseguramiento y de ataque contra lo obeso, no importa la paradoja que mencionaba, porque el obeso representa la acumulación y el consumo. Sin embargo, el sujeto obeso se sale del sistema, se sale de las proporciones, pero, a pesar de que se pretenda que éste sea ajustado a la medida del sistema, no cambien los términos del sistema de relaciones del consumo. Todo esto me hace recordar mi experiencia en el transporte de servicio público donde la gente no se hacía a mi lado, pues mi cuerpo ocupaba la silla correspondiente y parte de la otra, y siempre me preguntaba si era grande mi cuerpo o muy pequeña la silla.

Sin embargo, el sistema no se queda sólo en el plano de lo punitivo porque lo obeso llega a ser un espectáculo, como decíamos en el capítulo anterior. Articulado a la sanción aparecen

las posibles recompensas; es por ello que surgen concursos que estimulan la baja de peso como un premio para evitar la condena, la lista es larga pero solo mencionaré tres: el 'reality' *Cuanto quieres perder* de la Cadena mexicana Televisa emitido en el 2009, *El gran perdedor* del cadena brasileña SBT, y el norteamericano "*The Biggest Loser*" de la Cadena NBC. Es curioso cómo se usa el verbo *perder* en los dos programas, aquí perder es ganar, quien pierde peso termina ganando, entraría en el circuito de la *normalidad*. Esta insistencia en la pérdida a través de todos los medios hace mella fuerte.



Imagen de los concursantes del programa "The Biggest Loser", temporada 2010, de la Cadena NBC de Estados Unidos.

Frente a estas políticas mediáticas y también públicas bien vale la pregunta, ¿Es posible que el cuerpo obeso se convierta en una resistencia al sistema social y económico de homogeneización? ¿Tiene la última palabra el discurso médico frente a las formaciones corporales? No hay una respuesta última, pero desde los estudios culturales es posible afirmar que sí hay fugas que ponen a discutir la posibilidad de resistencia, entendida ésta como hacer frente, tomar posición política y militante frente a las configuraciones sociales establecidas. La intención no es caer en el juego de ser obeso y consumir más, es la

posibilidad de hacer colectivo y defender la propia y auténtica construcción del sí mismo y también de reapropiarse el cuerpo.

La resistencia no es fácil, reitero mi ejemplo de subirme al transporte de servicio público cuando estaba obeso y lo articulo con lo que dice Foucault, pues pienso que el sistema social y el espacio físico donde éste se desarrolla es *“una arquitectura que habría de ser un operador para la transformación de los individuos: obrar sobre aquellos a quienes alberga, permitir la mirada continua sobre sus conductas, conducir hasta ellos los efectos del poder, ofrecerlos a un conocimiento, modificarlos”* (2007, p.177). Sin embargo, creo que es posible pensar que lo obeso sea otra manera de ser en el mundo, aun cuando todo el engranaje arquitectónico y socioeconómico pareciera decir lo contrario. El principio de esta resistencia es la conciencia de lo diverso como lo múltiple, lo variado, lo plural.

El sistema no es unívoco y es ambiguo como la resistencia misma, es decir, lo ambiguo reside en el carácter múltiple de la realidad. Entiendo aquí por *resistencia* el acto de oponerse al poder, por lo que, donde hay relaciones de poder siempre hay resistencia: *“Donde hay poder, hay resistencia: se trata de un querer resistirse, que en tanto voluntad de poder, que se enfrenta a las relaciones de poder, cobra la forma de una ética de la resistencia, y nos enfrenta a la tarea de ‘perseguir el poder en su ejercicio’. Y ello mediante una politización de la verdad, de la experiencia, del cuerpo, de los saberes.”* (Bermudo Ávila, 2006, p.105). Texto iluminador en cuanto que la resistencia es darle sentido político a las luchas que no parecen serlo. La intención más profunda de los estudios culturales radica en politizar los enfrentamientos de las relaciones de poder. El deseo de configurar las formas corporales es una ambición política que ha de ser resistida con otras formas políticas de deseo. Ambiguas, formales, frágiles, consistentes, pero al fin y al cabo resistencias.

#### **4.2 El cinturón del juicio y las resistencias de la obesidad**

No es fácil hacer resistencia contra el discurso de lo obeso, pues siempre hay una tentación de medirlo todo y lo obeso es medido, calculado y clasificado y esta codificación termina siendo la simbolización de lo obeso en ciertas dimensiones y parámetros. Todos cabemos

en ciertos parámetros de medidas y las medidas nos dicen qué talla somos, en qué molde cabemos. Sin embargo, en esa ruta circular *medir-moldear-medir* es posible reelaborar un *contradiscurso*, una suerte de batalla ética y política a esas formas de exclusión que se han planteado desde la construcción de lo obeso. Así, es probable reconocer todas aquellas expresiones que luchan contra el malestar impuesto desde un *afuera*, marco simbólico y cultural que obliga a tomar medidas contra el cuerpo.

Es en este orden que reivindico la resistencia como actos políticos con los cuales se busca dejar al cuerpo ser. No me refiero a darle rienda suelta a los gustos corporales, pues caeríamos en un hedonismo banal e inocuo. Me refiero a la posibilidad de soltar al cuerpo, permitirle al cuerpo sentir, vivir la experiencia corporal, experiencia que nos constituye como sujetos, pasar de la mentalidad de *tener* un cuerpo a *cuerpo*, a superar las barreras del dualismo. Se trata de gozarse el cuerpo, porque el cuerpo es cada uno, porque somos seres en el mundo desde la dimensión corpórea.

El cierre de toda discriminación, la posibilidad de regocijarse con el cuerpo que uno es, es lo que hace que aparezcan organizaciones emergentes de obesos que reivindican el derecho a ser como son, grupos sociales que piden no ser discriminados o sancionados socialmente o, algunos casos individuales en los que se quiere ser obesos aun cuando la medicina y el contexto social se los prohíba.

Es posible encontrar en la red social *facebook* diferentes grupos que buscan el derecho a la *gordura* sin que esto sea directamente proporcional a la infelicidad. Derecho individual y colectivo que no cesa con la reivindicación sino permite articular resistencias frente a cualquier opresión. Indagando por estas comunidades virtuales me hallo con nombres y grupos como los siguientes: “*Por los que estamos gordos... somos felices y vivimos sin complejos*”; o también “*Asociación de Gordos... Pero Felices*” o uno de los más numerosos “*Yo también soy GORDO(A)... y SOY FELIZ-- SOY HERMOSO(A).*” Estos grupos tienen en común la necesidad de sentirse vindicados y felices con lo que hacen, o por lo menos eso intentan mostrar. Descubro que no es una invitación al mero desborde, es la necesidad de sentirse bien a pesar de que todo un sistema imponga la condición *cuasi-ontológica* de sentirse mal y a disgusto con el propio cuerpo. Destaco que son grupos abiertos; es muy posible que no todos los miembros sean personas necesariamente obesas,

es posible encontrar personas delgadas que hagan parte de estas comunidades virtuales. Parece importante que el asunto que los convoque es un asunto ético, y de paso político, el asunto de la felicidad. Al fin y al cabo ese es el asunto más convocante y más humano en el cual todos tenemos algún tipo de interés.

Si bien la felicidad e infelicidad es un asunto oscilante en la reflexión humana, la cuestión de los cuerpos obesos se ancla en esta búsqueda de manera no muy clara, o sea, que la identidad con lo obeso suele cifrarse en ocasiones en la reafirmación del ser en la obesidad como una opción de felicidad o de “contravención” a la felicidad. No hablo de nada nuevo cuando afirmo que hay sustanciales prácticas de discriminación contra los obesos:

*“Un estudio realizado en Estados Unidos, publicado en New England Journal of Medicine (30-IX-93), asegura que las personas obesas están discriminadas. Tienen menos posibilidades de casarse (20% menos las mujeres y 11% menos los hombres), es mayor la probabilidad de que sean pobres (10% más para ambos sexos), ganan menos dinero (7.000 dólares menos al año las mujeres, 3.000 los hombres).” (“Prejuicio contra los gordos” 1993).*

Este informe tiene alrededor de 17 años, pero es bastante probable que por la dinámica social actual frente a la obesidad la situación no haya cambiado mucho, incluso bien pudo haber empeorado.

Frente a esta situación de discriminación aparecen colectivos que luchan en contra de políticas públicas y prácticas sociales en las que el obeso es sujeto de exclusión. Como ocurre con la Asociación uruguaya “*Gordos Organizados del Uruguay*” quienes han sostenido conversaciones permanentes con el *Plenario Intersindical de Trabajadores-Convención Nacional de Trabajadores (PIT-CNT)* para “*abordar las problemáticas de discriminación laboral de los obesos y para promover su inserción social... ya que el Estado rechaza al obeso en las licitaciones y los llamados a concursos... y esa falta de trabajo puede conllevar a un incremento de la pobreza a nivel nacional*” (“<<Gordos organizados>> contra la discriminación” 2010) La Asociación conversa con las fuerzas sindicales uruguayas para que sean tenidas en cuenta como fuerza laboral y también con el Estado para crear programas de inclusión social. De lo que se trata es de una lucha contra la discriminación y el desprecio motivados por prejuicios que bien pueden lindar con la ignorancia y el desconocimiento.



Imagen de Gordos Organizados del Uruguay, protestando por la reivindicación de derechos y criticando las discriminaciones.

Las prácticas de discriminación contra los obesos son cada vez mayores y la conciencia de tal discriminación también. Un ejemplo de ello es uno de los casos más sonados en Argentina, la condena a *Aerolíneas Argentinas*: “Es en el marco del proceso iniciado por *Gustavo Rebull*, quien había denunciado ante el *INADI* (*Instituto Nacional contra la Discriminación, Xenofobia y el Racismo*) que la empresa le impidió abordar un vuelo de *Misiones a Buenos Aires por su condición de obeso mórbido*” (“Condenaron a *Aerolíneas Argentinas* por <<discriminación>>”, 2006). Lo que demuestra que hay cada vez más conciencia de resistencia frente a una nueva forma de segregación.

Pero siempre habrá múltiples formas de resistir. Siempre aparecerán novedosas formas de resistir a esa tendencia homogénea de configuración corporal. Cito nuevamente el caso de *Donna Simpson* cuya forma de resistencia me parece particular. Es una mujer norteamericana, de 42 años de edad y pesa 272 kilos y su objetivo es llegar a los 450 kilos, tuvo un hijo pesando 230 kilos y de hecho rompió el record de ser la mujer con más peso que ha llegado a tener un bebé. “Se gana la vida mostrándose en una web para adultos y vuelve locos a sus fans. La mujer, que estos días está ofreciendo en *Estados Unidos* una serie de entrevistas para promocionarse con la excusa de tratar de superar la media tonelada de peso y ganar el título de la mujer más gorda del mundo, asegura que sus admiradores ‘adoran que la barriga caiga más abajo de las rodillas y les vuelve locos mi celulitis.’” (“Quiere ser la mujer más gorda del mundo”, 2010). Este caso es bien particular,

y por demás interesante, porque es una especie de desafío a las formas establecidas y a cierta normatividad estética. Lo curioso es que, como dice la nota, ella tiene seguidores, algunos pueden entenderlo como simples gustos bizarros o extremos, y sin embargo ella se sabe deseable y la prueba está en los seguidores de su web, que van más allá de la curiosidad. Digamos que este tipo de postura nos indicaría que el placer está más allá de unos lineamientos, el placer tiene unas rutas económicas y sociales. Pero estas se pueden desbordar en cualquier momento. La obesidad bien puede quebrar la normativa del placer. En Donna Simpson hay todo un reto y una especie de provocación sobre las formas corporales. No hay una sola forma de placer y una sola forma corporal para gozar y admirar.

También es posible hallar prácticas de resistencia en donde se retan los conceptos hegemónicos, la mofa, el arte, el performance, la ironía subyace la propuesta de que lo obeso sea posible sin discriminación. Cito en primera instancia el caso de la bloguera Nancy Upton, quien se une a la fotógrafa Shannon Skloss para *“montar una sesión donde (Nancy Upton) devoraba pollo, patatas fritas o sirope de un modo entre sugerente y repugnante. Estas instantáneas, una buena burla para la compañía y ácida visión de cómo trata el mundo de la moda a las mujeres con tallas grandes, al final acabaron siendo las que obtuvieron el mayor número de votos”* (“La amenaza de American Apparel: una bloguera entrada en carnes”, 2011). La ironía surte el efecto de hacernos ver que tal vez entre todos tenemos una visión diferente a la que los medios y la publicidad nos hacen creer que tenemos.



Imagen de Nancy Upton devorando un pollo

O lo que registra el blog *Vecindad Gráfica*, sobre cómo una misma modelo hace publicidades en contra de la obesidad, y al tiempo es también la imagen de una campaña de comida chatarra. La misma comida que favorece el aumento de peso, que se supone no se debe comer. La imagen muestra cómo desde la ambigüedad misma que procura el sistema de relaciones sociales y económicas es posible preguntarse: ¿A qué estamos jugando? La posible respuesta es el aliciente para resistir, para sospechar, para no creer todo lo que nos están diciendo ¿Cuál es el interés de todo lo que nos afirman frente a la obesidad?



Imagen tomada de la página web <http://blogvecindad.com/%c2%bfque-vende-mas-ir-a-favor-o-en-contra-de-la-obesidad/>

Como se ve, el mundo de lo humano suele ser polisémico y en la publicidad esta ambigüedad puede ser aún más visible, más perceptible y más sorprendente. La *Barbie* de Mattel es la invitación más explícita a una delgadez extrema porque esta podría ser sinónimo de elegancia y de capacidad de conquista. Se puede uno imaginar la *Barbie* en toda clase de actividades, sin embargo no a una *Barbie* obesa. Pero la página web “*Ay qué me da*” recuerda una imagen donde la *Barbie* se pone a tono con la realidad norteamericana, si el mundo de Estados Unidos es cada vez más obeso, por qué la *Barbie* habría de quedarse atrás. Tal vez sea una burla, tal vez una ironía. Lo cierto es que la obesidad tiene la misma potencia que otras imágenes para ser una imagen más entre otras.



Barbie obesidad mórbida

Lo curioso de esta imagen no es ni siquiera la obesidad como tal en el cuerpo de la *Barbie*, pues lo que llama mi atención es un engordamiento desbordado que, sin embargo, deja por fuera de este exceso a la cara de la muñeca, sus manos y sus pies vestidos de tacón. Esta imagen deja presente tanto la realidad que inunda la vida cotidiana de una sociedad del primer mundo, (como es el caso de la de los estadounidenses) como la idea de que la gordura no es inherente a la belleza y si, en cambio es una superposición a la belleza, algo que la oculta. En suma, todas las imágenes y las posibilidades que nos muestran estas noticias y realidades, estas “salidas de tono”, son grietas del discurso sobre la obesidad, que a su vez se constituyen en posibilidad para resistir, para creer y entender de otra manera.

La resistencia de la que hablo aquí, a través de estos ejemplos, es la resistencia que se mofa del sistema que ha creado las condiciones para sentenciar al cuerpo obeso. Esa resistencia puede entrar en la categoría política de la que habla el filósofo y pensador Michel Onfray a partir de la cual pide disfrutar de la existencia corporal humana. Es un gozo que nos saca de la razón instrumental, del mundo industrializado y opaco, el mismo que ha puesto contra las paredes la condición obesa. Se trata de gozar desde la afirmación de lo que se es en contra de los dispositivos de represión.

*Lejos de las aproximaciones sensuales, de las búsquedas y de las errancias, lejos de las historias individuales que recapitulan las historias colectivas de la humanidad y hasta de la*

*especie, el cuerpo, educado y, por tanto, constreñido, se abandona, a las formas socialmente aceptables de la libido. De ahí el advenimiento de la hipocresía, el engaño a sí mismo y a los otros, el embuste, de ahí también el reinado de la frustración permanente en el terreno de la expansión sexual (Onfray, 2003, p.24).*

En su texto *Teoría del cuerpo enamorado*, Onfray plantea la tesis central de liberar al cuerpo de las cadenas platónicas y cristianas a las que aún sigue atado. Tomo prestado de allí la metodología de esa *liberación*. La liberación del cuerpo obeso no debe ser de la comida, o del exceso de carnes, ha de serlo del discurso reduccionista que lo limita y lo determina. Liberar el cuerpo es gestionar grietas frente al concepto mismo de la obesidad, la gestión de la no enfermedad, la autoconstrucción de un yo cercano a la propia determinación.

Si ya cargamos con las taras del platonismo, la moral cristiana y la práctica capitalista que hacen del cuerpo una tara ambulante, es aún más pesada la misma cuando la obesidad es el adjetivo que se vuelve esencia en la estructura e identificación del cuerpo. La propuesta de Onfray, que acojo como una posibilidad ética, es la de *comprender* el cuerpo de otra manera. De aplicar nuevas políticas hermenéuticas que den paso a una aproximación menos castradora y menos frustrante de lo que el cuerpo es y puede. El cuerpo, en nuestra cultura occidental o en la hibridez mestiza de América Latina, ha padecido la fractura o esquizofrenia de sentirse dividido. Onfray da cuenta de ello:

*“El cuerpo occidental sufre esa dicotomía en la vida cotidiana, sin duda, pero también en campos más problemáticos: salud, medicina, hospitales, curaciones y todo lo que concierne de cerca o de lejos a la bioética. Esta disciplina emergente cuestiona y echa abajo la tradición filosófica idealista incapaz de responder a los desafíos que proponen esas nuevas cuestiones y que sólo una filosofía utilitarista y pragmática puede resolver... Un fantasma se cierne sobre las conciencias –o mejor dicho, los inconscientes- el del ángel, modelo estafalario del ideal platónico-cristiano. ¿Qué es un ángel? Una criatura de éter y sueño, un ser viviente sin vida, una encarnación sin carne, una materia inmaterial, un anticuerpo que escapa a las leyes comunes del cuerpo: no nace ni muere, no goza un sufre, no duerme ni come, no piensa ni copula. Comprendemos que así, tan parco de sí mismo y tan accesible al desgaste, sea eterno, inmortal, incorruptible, imputrescible...” (2008, p.174).*

Y esta fractura crea fantasmas, en el sentido lacaniano, como el de *la obesidad sin cuerpo*, es decir, cuerpos que se perciben como obesos sin serlo, que buscan ser ángeles, sin sentir, sin comer, sin vibrar. Fluctuaciones de pesar, porque el cuerpo se ha convertido en un enemigo al que se debe controlar, o en el mejor de los casos domesticar. El discurso de defensa de la obesidad no pretende descuidar el cuerpo para hacerlo vulnerable a la enfermedad; quizás sea ese su efecto y quizás, también, su menor preocupación, pero no su destino pre-dicho. De alguna forma, esta resistencia pretende cerrar el círculo frente a la pesadilla esquizofrénica de tener cuerpo. La pretensión de resistencia deberá radicar en superar el juicio a través de prácticas culturales que le den posibilidad a cualquier otro de simplemente ser.

Gilles Deleuze tiempo atrás había afirmado que los seres humanos somos víctimas de nuestro propio invento: *el juicio*, identificar tal juicio es el primer paso para poder resistir. Como una segunda posible instancia Deleuze dice que “*Hacerse un cuerpo sin órganos es la manera de sustraerse del juicio*” (1996, p.183), es la posibilidad de hacer frente a la clasificación, a esa osificación que encierra y que no da salida a otras rutas. *El cuerpo sin órganos* es un cuerpo que responde a otras lógicas del deseo, más allá de las ambiciones de la acumulación, este cuerpo sería fruto de una mística y de una ascética que exige la prudencia de quien se instala en las líneas de fuga, en las válvulas de escape que deja el biocapitalismo, es posible resguardarse y construirse un cuerpo sin órganos, allí no es posible sentenciar a la obesidad.

Por el contrario el cuerpo de los órganos es el cuerpo sumido en la mirada exhaustiva, aquella que lo encierra y lo recompone todo en nombre del buen funcionamiento, olvidando todo lo que un cuerpo puede. La recirculación del discurso sin interrupciones, acuciante, hace imposible una nueva manera de mirar los cuerpos. Esa visión cartesiana del *cuerpo-máquina* no cesa, y con el imperio del capitalismo se exagera, y aquí retomo mi hipótesis de trabajo, aumenta como espuma, con los medios que la industrialización y la ciencia conceden. El cuerpo de los órganos es el cuerpo del juicio, es el cuerpo-fetiché, el que no ve la totalidad del sujeto, sino sus partes como sustitutos del todo. Stuart Hall diría: “*Esta sustitución de una parte por el todo, de una cosa —un objeto, un órgano, una porción del cuerpo— por un sujeto, es el efecto de una práctica de representación muy importante: el*

*fetichismo*” (1997, p.14). Ergo, pensar los cuerpos de otra manera, superar el juicio como posición ética, como práctica política en la que los sujetos ni son órganos ni trozos, es un asunto de *resistencia* que parte de lo subjetivo pero que habrá de articularse desde la institucionalización de lo colectivo.

### **4.3 Una obesidad sin angustia: La posibilidad de la serenidad**

¿Es posible ser obeso en paz desde una autenticidad y no desde la negación? Corresponde ahora preguntar, si más allá de los colectivos y de las intenciones personales de organizarse en torno a la obesidad es posible vivir una obesidad sin angustia. Es decir, vivir una experiencia de la obesidad más allá del juicio, superando cualquier etiqueta que morbilice. No hablo de una indiferencia sistemática frente a lo estandarizado, hablo más bien de lo que retoma Moreno Claros leyendo a Heidegger en su crítica a la *Técnica*, de la *serenidad* como una actitud y una disposición que ausculta al mundo sabiendo lo que contiene pero también las ausencias que generan las presencias que constituyen el mundo y hacen que sea como es:

*“A pesar de la técnica, y en cuanto dejamos de sentirnos dominados por ella, aparece un mundo, donde todavía prevalece el misterio. La ausencia de la técnica nos muestra de nuevo esa otra esencia en que también radica su nacimiento. Al recuperar este misterio, el ser humano se libera de lo técnico y da paso a la serenidad, actitud que es connatural a esta otra dimensión donde prevalece el misterio”*  
(Moreno Claros, 2002, p. 413).

Esa *serenidad* que entiende la técnica como una mirada más dentro de otras, *serenidad* que supera el unilateralismo con el que vemos el mundo, sólo el del cálculo que prodiga el mundo técnico.

Vivir una obesidad sin angustia exige no recurrir a la negación. Es frecuente encontrar personas que asumen su obesidad desde la negación. Esto es, que se molestan con el tema o la imagen y que también lo evaden. La *serenidad* que invoco, en cambio, supera la angustia de la obesidad transada con un mecanismo de defensa como la negación que se cierra a lo que de un *afuera* puede provenir. Esta *serenidad* también podría superar la *obesidad sin cuerpo* que convierte a la obesidad en un asunto *fantasmático*, *justamente por esa relación entre lo fantasmático* y la angustia: *“El fantasma recubre la angustia, que es una defensa*

*contra ella en la medida en que brinda un marco al sujeto que le posibilita relacionarse de modo sosegado con lo real”* (Muñoz, 2009, p.120). La angustia desde la lectura lacaniana termina siendo así una forma de relacionarse con el mundo.

Estudios psicoanalíticos sobre las relaciones sociales y con el mundo nos dan claridad sobre las relaciones entre el sujeto del deseo y distintos discursos. El discurso de la obesidad bien puede representar *los lazos perversos* que se establecen entre los sujetos y el mundo social. Un discurso, en la lectura psicoanalítica, proviene de un gran Otro como tesoro de significantes y necesita del otro semejante para poder afirmarse, por lo tanto no es posible que el discurso se constituya desde sí mismo. Hay un juego perverso en la realidad de que *el obeso* se constituya en esa identidad del ser para que este discurso pueda asentarse y tener validez: “... *es cierto que para que ese lazo exista se necesitan dos; hay uno que, dado el caso ocupa el lugar del sujeto, de agente, y el otro que con su mirada, su semblante, su compra, o su desprecio también, ocupa el lugar del otro del lazo perverso ahí establecido*” (Sanmiguel, 1998, p 66) . Se construye el concepto obeso por la cultura médica y por la sociedad industrial y elaborado el ideario de la obesidad se recrean los sujetos que quepan en tal concepción con las dinámicas económicas necesarias para “recuperarlo” de tal estado. La conciencia de este lazo perverso nos puede poner a pensar en los mismos mecanismos que operan en las relaciones comerciales de la medicina, en los cuales es necesario el enfermo para poder sobrevivir.

La relación con el *discurso sobre lo obeso-sujeto* se podría describir como cualquier otra relación perversa:

*“El perverso sabe. Y agarra a Dios por la garganta y aprieta hasta estrangularse, hasta las delicias del vacío, de donde todo puede <<nacer>>. Resuelve lo infundado del deseo y recupera la parte perdida de ese deseo, que lo maldice. Se viste de los despojos con el que ha despojado al otro. Sin embargo, el masoquista pide al otro que manifieste su capricho, no importa cómo. Pero justamente, se lo pide, al hacerlo, se lo arranca. Para él, el dolor es el símbolo de lo que uno se da a sí mismo y que sin embargo él se da. Es símbolo de la paradoja”* (Sibony, 1990, p.219).

En la paradoja del lazo perverso se aprieta al otro pero se le necesita, se recurre a él como una especie de necesidad de supervivencia, de crear el dolor de definirlo, pero también de vestirse con sus despojos. La conciencia de esa dinámica debería servir para vivir con

*serenidad*; el conocimiento de cómo se constituye ese lazo perverso con el discurso sobre lo obeso es el inicio para salir de la angustia pues se necesita del obeso para construir todo un saber que produce dividendos, sociales y económicos. Desde esta perspectiva quiero hacer la apuesta de que el conocimiento libera, o al menos es un paso.

No somos ajenos a la angustia los que hemos vivido la experiencia de lo obeso, pero tampoco somos ajenos a los ideales de la felicidad ni a vivir experiencias corporales placenteras como se puede suponer que acontece en la mayoría de sujetos. Aunque vivimos, como todos, la experiencia de la transgresión, de preguntarnos cuál es la frontera, hasta dónde podemos llegar.

Si se trata de límites, cómo podemos reconocer cuál es el marco del espejo que podría acoger la imagen del sujeto obeso. Así, habría que reinventar y reconocer lo bello, lo bello no puede estar dicho desde fuera, debe ser realmente una experiencia interior, profunda (tal vez espiritual) que permita ser crítico con conceptos de belleza que terminan limitando. Lo bello se relaciona con el deseo, entendiendo belleza como un estado ideal de plenitud que se persigue, como una experiencia que agrada a los sentidos pero que también regocija al espíritu. En esa relación del deseo con la belleza, el deseo no puede ser solo entendido como ausencia, como se ha entendido de modo general en la cultura occidental; el deseo debe ser una potencia que construye, que redefine y reinventa relaciones, que propone nuevas subjetividades, hablo de un deseo que se exprese más allá de la búsqueda de un cuerpo que no es necesariamente el propio: *“La genealogía idealista del deseo, supone definir el amor como búsqueda de lo completo originario, ausencia a conjurar, vacío que colmar, metafísica del agujero que se debe tapar, diría Sartre, en el delicado lenguaje de su ontología fenomenológica. El deseo implica la abertura, la llaga, la cavidad, el hueco”* (Onfray, 2003, p.45). Esto porque al obeso no le debería faltar nada pero tampoco debería sobrarle; el exceso no es un concepto definido intrínsecamente por él.

Si consideramos la belleza más allá de cánones puramente comerciales, lo obeso puede superar el agravio al que se le ha sometido. En la obesidad *per se* no hay resistencia, la resistencia subyace en el entendimiento de lo bello, en que lo bello nunca es uniforme, no se corresponde a un imaginario único. Y esto lo comprendía muy bien Lacan cuando decía: *“Parece por lo demás, que la naturaleza de lo bello es permanecer, como se dice,*

*insensible al ultraje y este no es uno de los elementos menos significativo”* (1988, p.287). Una nueva comprensión de lo bello podría facilitar la *Serenidad* necesaria para resistir a la *técnica* que nos avasalla.

Ya para cerrar debo decir que los estudios de Heidegger sobre la *técnica* no se pueden quedar sólo en el ámbito de lo nuclear, la *técnica* ha hecho soñar en más de una ocasión al hombre que es capaz de un dominio absoluto sobre el mundo como espacio donde el ser humano se desenvuelve, pero tal dominio no es más que la creación de condiciones alienantes para múltiples hombres y mujeres. En esa lógica es que Heidegger afirma: “*Lo verdaderamente inquietante, con todo, no es que el mundo se tecnifique enteramente. Mucho más inquietante es que el ser humano no esté preparado para esta transformación universal; que aún no logremos enfrentar meditativamente lo que propiamente se avecina en esta época*” (1994, p.25). Y al parecer, en este orden de desconcierto frente a los efectos de la *técnica*, se hace evidente la distancia con la preparación deseada pero sobre todo se cuestiona en qué puede fundamentarse la actitud de preparación.

La *serenidad*, finalizo, como un hecho interior, como práctica espiritual pero política, es un paso para ampliar nuestras ideas de belleza, pero más allá, es el paso previo a resistir, insisto en que la *obesidad per se* no es un ejercicio de resistencia. Pero la *serenidad* es la cuota inicial de lo que yo llamaría y propondría como una *obesidad sin desazón*, y una *obesidad sin desazón* es un acto político que nos abre las puertas para creer que otras formas de cuerpo son posibles y son necesarias. Porque vivimos en el mundo de lo múltiple, de lo plural, de lo numeroso y donde las invocaciones de lo único y de lo unitario no son más que nuevas formas implícitas de dictadura.

## CONCLUSIONES

Hablar del cuerpo hace posible reconocer el recorrido de la propia experiencia con y en el mundo. El cuerpo es un territorio tan conocido, pero a la vez tan ignoto, depositario de placer, pero también del sufrimiento. La piel que lo recubre es testimonio intenso de todo un recorrido incontable, que no pareciera tener límites. Es tan plural la dimensión corporal que en ella cabrían múltiples disquisiciones de lo que significa ser cuerpo. Pero, a la vez, tan única que cada ser humano podría tener una narrativa particular.

A la realidad corporal es posible añadirle variados adjetivos de todas las tonalidades y variantes: bellos, grandes, curvilíneos, atractivos, fofos, delgados etc. De esa serie de adjetivos este trabajo se quiso fijar en el calificativo de obeso. La expresión *cuerpo obeso* enuncia una experiencia de lo corporal que tiene unas connotaciones que he pretendido desmenuzar. Y a partir de ella he querido hacer hincapié en la coyuntura de la tasación que se les da a los cuerpos en la cultura occidental en el momento actual y en los esquemas políticos y económicos que han permitido dicha valoración. Valoración que se diferencia de otros momentos de la historia pues hay elementos que ponen la comprensión de lo corporal en otra dinámica, componentes como las imágenes publicitarias, nuevos cánones de belleza, medios masivos de comunicación con su poder emergente y otras prácticas de “visibilización”.

Hoy es claro, para una gran mayoría en el mundo occidental, que lo conocido o distinguido como cuerpo obeso es un cuerpo que genera rechazo, que estéticamente es impresentable y poco o nada deseable. Habrá excepciones, pero la regla es que la obesidad gusta a muy pocos. Pues lo que hoy entendemos por cuerpo obeso como una obviedad no siempre fue así. No siempre existió un cuerpo obeso como una realidad médica, estética e incluso ética, no siempre las llamadas “carne de más” fueron sinónimo de lo reprochable.

Este *nacimiento* de la obesidad es posible ubicarlo en un momento histórico en el que se dan una serie de procesos y mecanismos que dieron paso a la conceptualización de lo obeso. A partir de la indagación logré situar ese momento en el periodo de entreguerras, final de la primera guerra mundial y comienzo de la segunda. En ese espacio de tiempo se fueron constituyendo unas representaciones de lo saludable, de lo magro, de lo frugal a la

hora de comer, de lo bello etc.; ideales de belleza y de salud que se convirtieron en hegemónicos y que excluían a un número no despreciable de la población. Medidas estándar, los números del Índice de Masa Corporal que fueron dando paso a clasificaciones de las que nadie estaba exento. Este tipo de representaciones fueron excluyendo otras formar corporales hasta transformarlas en censurables y reprensibles desde lo médico hasta lo moral.

Los estudios culturales me han dado la posibilidad de creer que es factible la desnaturalización del concepto obeso, que es posible historizar la obesidad y entender que esta acontece en un marco histórico determinado. Haciendo un uso (in)disciplinado de diversos saberes como la historia, la sociología y el desarrollo mismo de la publicidad como práctica de poder y espacio donde se encuentran diversos elementos hegemónicos, sitúo la eclosión de la obesidad en el escenario histórico en donde la dinámica de la industrialización de la sociedad empieza a cooptar espacios más allá de la economía misma. La vida íntima, las relaciones sociales, la alimentación, el estilo de configuración de la familia etc. La soberanía del capitalismo industrial con sus prácticas de eficiencia y su velocidad inatajable desarrollan el imaginario de que los cuerpos que le son necesarios a esa sociedad son los cuerpos delgados y atléticos puesto que son sinónimo de esa eficiencia y velocidad esperada.

La dinámica de la guerra, que dejó pueblos destrozados y sociedades arrasadas, necesitó de cuerpos que se sumaran al proceso de industrialización donde tener “unos kilos de más” no aportaba al “desarrollo” social y económico que los estados y poblaciones supuestamente necesitaban. Si lo que la industria necesitaba era cuerpos que significaran mayor productividad, notable eficiencia y agilidad a la hora de producir, los cuerpos que tenían “kilos sobrantes” empiezan a representar la lentitud, la ineficiencia, la incapacidad de producir a unos niveles requeridos.

Se desdibuja la imagen de belleza que llegó a representar la mujer rolliza, la mujer con curvas pronunciadas, sinónimo de fertilidad, de capacidad poderosa para criar hijos; o del hombre con una amplia masa corporal que en algún momento significó abundancia y poder. Este desvanecimiento deviene antítesis de belleza de los cuerpos obesos. Si alguna vez los cuerpos grandes significaron fortaleza, salud y poder a partir de este momento significan

todo lo contrario. Este es uno de los elementos centrales de esta tesis y es que la obesidad tiene una historia, una aparición reconocible, una serie de procesos han dado paso a que en torno a la obesidad se construya un discurso, unas prácticas e incluso unas instituciones que construyen un saber sobre la misma.

Esta entrada en la condición de lo saludable y bello o de salida de la misma es lo que he intuitido como una especie de *salvación o condena*. Utilizo los mismos términos de la religión cristiana por el peso metafísico que conlleva este tipo de experiencias. La caracterización de los cuerpos permite ubicarlos en un estado de orden *cuasi* ontológico que los clasifica y los pone en cintura. Sin embargo, la situación de los cuerpos no es binaria, también transita en zonas de limbo, *obesidades sin cuerpo*, sujetos que se definen como tales sin tener un cuerpo que cuente con tales características, personas *gordas* que no se consideran obesas y que evaden el *problema* etc. La condición de la obesidad sume en unas condiciones de exclusión y de *condena* a quienes tienen un cuerpo *grande*.

Este peso metafísico del concepto obeso no proviene exclusivamente de las prácticas discursivas de la economía industrial y de la producción a gran escala, es necesario un dictamen mucho más fuerte, más consolidado y que no incluya ninguna discusión, entonces la definición de lo obeso se soporta en la voz de la medicina. La medicina y la práctica médica con sus diagnósticos “indiscutibles” parecen convertirse en una enunciación dogmática que no tiene discusión. En la sociedad occidental contemporánea, la medicina se asocia a las prácticas sociales de la industrialización, es también eficiente, veloz, tecnificada y sobre todo avasalladora. Pero más allá de eso la “curación” de los cuerpos, llevada a cabo por la medicina tiene un trasfondo ontológico puesto que la salud es la garantía de que todo andará bien en el sujeto que la posee.

La medicina misma se convierte en una industria. Así como produce el diagnóstico de la obesidad también produce la *cura* para la misma. Encierra la paradoja de *condenar* pero también de salvar. Estos términos los utilizo en el plano más metafórico posible, sin embargo, no pierden el trasfondo religioso que poseen, máxime cuando el médico tiene el don de curar, de sacar al *enfermo* de su condición de postración.

La industrialización de la medicina es un hecho incontrastable. Son incontables los tratamientos, cirugías, métodos, fármacos que han aparecido a raíz de la industria de la estética y la cosmetología. La ebullición de las operaciones para el embellecimiento corporal o para bajar de peso es indescriptible. Las personas buscan en la medicina el refugio insoslayable que los saque de la condición vergonzante a los que los ha sometido la publicidad, los medios, la economía industrial y ahora la medicina misma.

Los obesos se ven con la necesidad de entregar su cuerpo a la medicina para que esta los intervenga y los pueda curar. La transformación que hace la intervención es contundente, la medicina tiene la sanación y la *salvación*. Es el caso de las cirugías bariátricas en donde la acción del médico cirujano garantiza la delgadez y después de eso todo volverá a la *normalidad*. Sin embargo la obesidad entraña una paradoja, es el cuerpo que más podría representar al capitalismo acumulativo, dado que es un cuerpo que ha guardado calorías y grasas de manera indeterminada, pero a su vez es un cuerpo despreciado por lo que hablamos anteriormente, no es ágil, no es veloz y mucho menos ayuda a una productividad acelerada, aunque es claro que interesa al mercado.

Es claro que a partir del concepto médico se establecen políticas públicas de salud que entienden la obesidad como una pandemia a la que hay que combatir. Y son los países desarrollados los que presentan más altas tasas de obesidad, y esta dinámica entra tarde en países “subdesarrollados” pero entra. Se inicia el interés biopolítico de los estados porque entienden que la “enfermedad” de los cuerpos no puede ser un obstáculo en la producción a gran escala.

La medicina, al anclar la belleza y la salud, crea un clima de angustia, de ansiedad por “tener” el cuerpo saludable y hermoso, el cuerpo “normal”. La medicina no es neutral, no está dislocada de las prácticas políticas y económicas, se mueve en un sistema de relaciones en la que no está por encima de él, sino que es subsumida de manera que sirve a sus intereses. Tener un cuerpo delgado se erige como un estatuto ontológico de normalidad y tranquilidad pues existen más posibilidades de ser aceptado socialmente, pero lo importante es que la medicina certifique a los hombres y mujeres de nuestros tiempos como sanos, salvos de la opresión de la obesidad. Sin embargo, si la obesidad es el padecimiento, es la

posibilidad de estar prescindido y de ser excluido, no hay de qué preocuparse, para eso está la medicina que tiene la solución al problema que ella misma descubrió.

Las prácticas lingüísticas, el concepto de la medicina, los estándares corporales establecidos van dando paso a un imaginario de la obesidad, esta se asocia con la enfermedad, con la lentitud, con la decrepitud corporal, fealdad y con diversas ideas negativas. Si entendemos por representación la imagen mental que se nos viene a la cabeza cuando invocamos una palabra o una idea, la representación de la obesidad será la imagen de algo que no es deseable, que se debe evitar a toda costa. En este sentido este trabajo es altamente deudor de lo que Stuart Hall infiere de sus investigaciones en torno a la identidad y a las representaciones.

Estos idearios sobre la obesidad no son ingenuos, no provienen de la naturaleza, ha habido un proceso cultural que ha permitido que la obesidad se asocie a un cuerpo despreciable. Las políticas de la identidad encerraron el cuerpo de los negros, de los indígenas, de los homosexuales, de los mestizos etc., en una cuadrícula sin que les permitiera salir de allí, son las mismas políticas que han hecho del obeso una alteridad, *otro*, hasta tal punto de creer que la obesidad no es un constructo cultural sino una realidad biológica que nadie puede negar.

Esto da paso a un lenguaje despectivo, que animaliza la condición obesa. A una serie de imágenes, incluso de estudios donde lo obeso no es sólo sinónimo de enfermedad sino de pereza y también de baja autoestima. El lenguaje delimita, crea y recrea, por eso el obeso podría ser un *cerdo*, un *marrano* que se revuelca en su incapacidad para bajar de peso. El lenguaje posibilita la mirada del juicio, del concepto sin salida en el que el ser obeso es una condición ontológica. El obeso se siente juzgado por la mirada, por el espacio en el que no cabe, en la silla donde no se puede posar.

La desnaturalización de la obesidad, el reconocimiento de que ha sido un proceso cultural más que el resultado de una investigación de la biología, sin desconocer los avances científicos alrededor del tema, es permitir el reconocimiento del hecho político que hay detrás de las prácticas de poder que construyen las identidades. Aquí entra el juego de lo normal y de lo anormal, de cómo se trazan fronteras para la dominación de los sujetos, de

cómo se arman artilugios para la invención de instancias de salvación a las que tiene que recurrir el sujeto aislado o enfermo.

Lo interesante del asunto es cómo se crea el consumo de la representación hegemónica de la belleza, lo bello es un producto por el que hay que pagar para llegar a él. Junto a eso la realidad obesa termina siendo un amplio mercado, a pesar de que no es el cuerpo modélico en cuanto a la producción se refiere, termina siendo mercantilizado, a partir de lo que él significa se puede comprar y vender, se pueden establecer promesas de nuevas condiciones de vida. Porque para *entrar al mercado* se necesita estar delgado, olvidando que ya se está en la ley oferta y la demanda desde antes de proferir palabras.

El obeso se ha convertido en *otredad*, el lenguaje, el discurso médico, los imaginarios lo siguen afirmando. Una práctica intelectual y política que permita descubrir los vasos comunicantes, las articulaciones y las redes que han tejido este concepto podría hacer entender que ser obeso es sólo una emergencia cultural e histórica específica. Que la medicina y su diagnóstico, si bien han dado lugar a preocupaciones que no son desdeñables, no se han constituido desde la pura neutralidad científica, esta tal vez no existe, la medicina y la representación constituida responde a deseos e intereses.

Si los estudios culturales son una teorización de la política y una politización de la teoría, y más que eso una práctica intelectual con el imperioso deber ético de tener posibilidad de transformar espacios sociales y culturales, este trabajo, que se desea inscribir en el escenario de los estudios culturales desea ser el incipiente inicio de una transformación en relación con el concepto obesidad.

Y la propuesta es elemental: resistir. Aquí el término resulta siendo una invocación de lo que entendía Michel Foucault por la posibilidad de resistir en tanto hubiese poder. Es claro que con el tiempo se han hecho más visibles las políticas de control y disciplina que hay sobre el cuerpo. Control que termina siendo la infelicidad de muchos hombres y mujeres en el mundo, pero sobre todo en la franja occidental. Es necesario reconocer que han aparecido legislaciones, reglamentos, políticas públicas de salud, en donde parece que el cuerpo obeso quedara sometido a una encerrona.

Es hora de resistir, con la cabeza y el corazón. Pasar del cuerpo de los órganos: dividido, clasificado, intervenido e *hiperdiagnosticado* al cuerpo sin órganos del que habla Gilles Deleuze, al cuerpo que es y que existe. Es urgente una especie de lucha colectiva como el ejemplo de los “Gordos organizados del Uruguay” con su propio espacio político y sus demandas que incluyen la no discriminación y el reconocimiento de sujetos de derechos. No hablo de una evasión del tema, de un desconocimiento de la mirada del otro, como hacen muchas para evitar la encerrona del juicio. Me refiero a la necesidad de reconocerse desde la propia mirada.

Es necesario invocar una obesidad sin angustia, hacerle el giro de tuerca al sistema que excluye de modo ambiguo al obeso, lo excluye para ser parte de lo bello, pero lo incluye para convertirlo en objeto de mercado. La angustia es fruto de tantos frentes de batalla, de enemigos interiores como el discurso familiar, la desconfianza de sí mismo. No hablo de una ilusión que adormece. Hablo de la *serenidad* heideggeriana que permite entenderse como sujeto que lucha en los avatares de la historia pero sin dejarse despeñar por los osados intentos de la osificación. No hablo de una mística individualista e ilusoria, hablo de reconocerse para poder vivir, para poder sentirse a gusto, para superar las contradicciones del sistema. Esto como una experiencia ética que permite amarrar lo político.

Ser obeso debería ser una experiencia corporal como cualquier otra, a eso apelo, en eso quiere insistir este trabajo, porque a pesar de haber bajado de peso con la operación bariátrica yo sigo siendo yo, porque el cuerpo sigue siendo el cuerpo. Y saber que el juicio y la mirada de los demás no dejan de existir porque yo la evite, pero mi serenidad como arma política posibilitará que resista y que tenga derecho a gozar y a amar como un cuerpo más que descansa sobre la faz de la tierra.

## Referencias bibliográficas

- Acevedo, G. et al. (2007), *Manual de Salud Pública*, Córdoba, Encuentro. 2007.
- Albano, S. (2005), *Michel Foucault. Glosario de aplicaciones*, Buenos Aires: Quadrata.
- Agulló, E. (1999), *Siglo XXI: Problemas, perspectivas y desafíos*, Oviedo: Universidad de Oviedo.
- Andrade, X. 2009, *El edema del capitalismo tardío*, [en línea], disponible en: [http://www.flacsoandes.org/antropologia\\_visual/index.php?option=com\\_content&view=article&id=52:edema-del-capitalismo-tardio&catid=47:ensayos-y-articulos&Itemid=57](http://www.flacsoandes.org/antropologia_visual/index.php?option=com_content&view=article&id=52:edema-del-capitalismo-tardio&catid=47:ensayos-y-articulos&Itemid=57), recuperado: 8 de noviembre de 2010.
- Aguirre Baztán, A. (1994), *Estudios de etnopsicología y etnopsiquiatría*, Barcelona, Marcombo.
- Bauman, Z. (2002), *La cultura como praxis*, Buenos Aires, Paidós.
- Beaud, M. (1984), *Historia del capitalismo, de 1500 a nuestros días*, Barcelona, Ariel.
- Belting, H. (2007), *Antropología de la imagen*, Buenos Aires, Katz.
- Bermudo Ávila, J. (2006), *Cuadernos para el análisis: Del humanismo al humanitarismo*. Barcelona, Horsori.
- Bernardez, A.(1999), *Perdidas en el espacio: formas de ocupar, recorrer y representar los lugares*, Madrid, Huerga y Fierro.
- Boixareu, R. (2008), *De la antropología filosófica a la antropología de la salud*, Barcelona, Herder.
- Cáceres, G. (2007), *Imaginarios del cuerpo y lenguajes expertos. Aproxiamciones a la imagen del cuerpo entre el arte y la medicina*, en *Nomadas*, N° 26, Bogotá, Universidad Central.
- Corbin, A. et al. (2005), *La historia del cuerpo. De la revolución francesa a la gran guerra*, Madrid, Taurus.
- Deleuze, G. (1996), *Crítica y clínica*. Barcelona, Anagrama.
- De Sade, D. (1988), *Juliette*, Madrid, Espiral.
- Duch, Ll. y Melich, J. C. (2005), *Escenarios de la corporeidad*, Madrid, Trotta.

- Dobb, M. (1975), *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, Mexico, Siglo XXI.
- El Tiempo* (2009, 10 de junio), "Declaran la obesidad como problema de salud pública", Bogotá, p. 1A.
- El Tiempo* (2010, 23 de Julio), *Impuesto a los gordos*, Bogotá. p. 20A.
- Entwistle, J. (2002), *El cuerpo y la moda una visión sociológica*, Buenos Aires, Paidós.
- Escobar Triana, J. (2007, Enero- Junio), "El cuerpo transformado. Cyborgs y nuestra descendencia tecnológica en la realidad y en la ciencia ficción", en *Revista Colombiana de Bioética*. Vol. 2. N° 1, p. 7.
- Fair, H. (2008, nov), *La política del psicoanálisis frente al discurso de la racionalidad cientificista. Lucha desigual más no imposible*, en A parte rei N°60, disponible en: <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/fair60.pdf>, recuperado: 18 de noviembre de 2011.
- Foucault, M. (2002), *Vigilar y castigar: El nacimiento de la prisión*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Foucault, M. (2005), *Historia de la sexualidad. El uso de los placeres*. México, Siglo XXI.
- Garcia Hodgson, H. (2006), *Deleuze, Foucault y Lacan: una política del discurso*, Buenos Aires, Quadrata.
- Garzón Martínez, M. y Mendoza, N. (edits.), (2007), *Mundos en disputa*, Bogotá, Editorial Pontificia U. Javeriana.
- Giorgi, G. (2009), "Cuerpo". *Diccionario de Estudios culturales latinoamericanos*, México, Siglo XXI.
- Giroux, H. (2001), *Cultura, política y práctica educativa*, Barcelona, Biblioteca de aula.
- Hall, S. *El trabajo de la representación*. [en línea], disponible en: <http://www.ramwan.net/restrepo/hall/el%20trabajo%20de%20la%20representacion.pdf> , recuperado: 8 de noviembre.
- Hall, S. (1998), *Estudios Culturales y comunicación. Análisis y producción de consumo cultural de las políticas de identidad y el posmodernismo*, Buenos Aires, Paidós.
- Hall, S. (2007), *Producciones de sentido 2: algunos conceptos de la historia cultural*, México, Universidad Iberoamericana.

- Hall, S. (1997), *Representation: Cultural Representations and Signifying Practices*. London: Sage Publications. 1997. Traducción de Carmelo Arias Pérez.
- García Hodgson, H. (2005), *Deleuze, Foucault y Lacan. Una política del discurso*, Buenos Aires, Quadrata.
- Haraway, D. (1995), *Ciencia, cyborgs y mujeres: La reinención de la naturaleza*, Madrid, Cátedra.
- Heidegger, M. (1994), *Serenidad*, Barcelona, Serbal.
- Illouz, E. (2007), *Intimidades congeladas: las emociones en el capitalismo*, Buenos Aires, Katz.
- Illouz, E. (2008), *La salvación del alma moderna*, Buenos Aires, Katz.
- Lacan, J. (1988), *El seminario. La ética del psicoanálisis. Libro 7*, Buenos Aires, Paidós.
- Lacan, J. (2006), *Intervenciones y textos I*. Buenos Aires: Manantial.
- Larrad, A. y Sánchez-Cabezudo, C. (2004), Indicadores de calidad en cirugía bariátrica y criterios de éxito a largo plazo, disponible en: <http://www.cirugest.com/hm/revisiones/cir04-04/04-04-24.pdf>, recuperado: 4 de octubre de 2011 a las 12:55 p.m.
- Le Breton, D (2002), *Antropología del cuerpo y modernidad*, Buenos Aires, Nueva visión.
- López-Ibor, J. et al. (1999), *Lecciones de psicología médica*, Barcelona, Masson.
- Marañón, G. (1937), *Gordos y flacos. Estado actual del problema de la patología del peso*. Santiago de Chile, Cultura.
- Montoya, B. (2009). *Éste es mi cuerpo. Comer carne humana*, en *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, No 23, pp 395-408.
- Morin, E. (1966), *El espíritu del tiempo*, Madrid, Taurus.
- Moro Abadía, O (2006), *La perspectiva genealógica de la historia*, Santander, Universidad de Cantabria.
- Moreno, L. (2002), *Martin Heidegger*. Madrid, Edaf.

Muñoz, O. (2008, mayo), Cirugía bariátrica: Experiencias iniciales en Pereira, en: Revista Médica de Risaralda, Vol. 14. N° 1. p. 6.

Muñoz, P. (2009), *La invención lacaniana del pasaje al acto. De la psiquiatría al psicoanálisis*, Buenos Aires, Manantial.

Onfray, M. (2003), *Teoría del cuerpo enamorado*, Madrid: Editorial Nacional.

Onfray, M. (2008), *La fuerza de existir. Manifiesto hedonista*, Barcelona, Anagrama.

Pedraza, Z. (2004), *Intervenciones estéticas del yo* (Versión PDF), disponible en: <http://antropologia.uniandes.edu.co/zpedraza/zp2.pdf>, recuperado: 18 de noviembre de 2011

Real Academia de la Lengua Española (2001), *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*. Vigésima segunda edición, [en línea], disponible en: <http://www.rae.es/rae.html>, recuperado: 18 de noviembre de 2011.

Restrepo, E. Walsh, C. y Vich, V. (edits) (2010), *Sin garantías: en honor a Stuart Hall*, Colombia, Enviñ editores.

Revista Dinero (2011, 13 de Octubre), “*Obesidad*”, [en línea], disponible en: <http://www.dinero.com/caratula/edicion-impresa/articulo/obesidad/32758>, recuperado: 13 de octubre de 2011.

Rigobello, A. (2000), *El porqué de la filosofía*, Madrid, Caparrós.

Sanmiguel, P. (1998), *Lazo social ¿Lazo perverso?*, en Revista Colombiana de Psicología, N° 7.

*Semana* (2010, 23 de mayo), “*Anatomía criminal*”, en Revista Semana, Edición 1464, p. 65.

Sibony, D. (1990), *Perversiones: diálogos sobre locuras “actuales”*, México, Siglo XXI.

Simon, G. (2005), *Hacer(se) un cuerpo: una aproximación semiótica a las narrativas del cuerpo en semanarios de la Argentina de los 90’s*, San Juan, EFFHA.

Spargo, T. (2007) *Foucault y la teoría queer*, Barcelona, Gedisa.

Traversa, O. (1997), *Cuerpos de papel: figuraciones de la prensa 1918-1940*, Barcelona, Gedisa.

Throsby, D. (2001), *Economía y cultura*, Madrid, Cambridge-Iberia.

Toro, J. (1996), *El cuerpo como delito*, Barcelona, Ariel.

Valery, P. (2007), *Cuadernos*, Madrid, Galaxia Gutenberg.

Yehya, N. (2001), *El cuerpo transformado*, México. Paidós Amateurs.

### **Referencias de artículos sin autor**

“Colombia como destino turístico y médico” (2010), [en línea], disponible en <http://www.conexioncolombia.com/colombia-como-destino-de-turismo-medico.html>, recuperado: 11 de noviembre de 2011.

“Condenaron a Aerolíneas Argentinas por <<discriminación>>” (2006) [en línea], disponible en <http://www.gordos.com/Denuncias/detalle.aspx?dieta=1966>, recuperado: 10 de Diciembre de 2010.

“El peligro del by pass gástrico” (2010) [en línea], disponible en: <http://www.gordos.com/Salud/detalle.aspx?dieta=1288>, recuperado: 10 de julio de 2010.

“Fas in fats: how Obesity Threatens America's Future” (2010) [en línea], disponible en <http://healthyamericans.org/reports/obesity2010/>, recuperado: 5 de julio de 2010.

“Foro hambre en Colombia: viejos problemas y nuevas amenazas”, (2007) [en línea], disponible en: <http://www.dhcolombia.info/spip.php?article366>, recuperado: 9 de Noviembre de 2010.

“<<Gordos organizados>> contra la discriminación” (2010) [en línea], disponible en [http://www.espectador.com/1v4\\_contenido.php?id=197797&sts=1](http://www.espectador.com/1v4_contenido.php?id=197797&sts=1), recuperado: 10 de diciembre de 2010.

“La amenaza de American Apparel: una bloguera entrada en carnes” (2011), [en línea], disponible en <http://es.tendencias.yahoo.com/blogs/tendencias-en-yahoo/la-amenaza-american-apparel-una-bloguera-entrada-en-124243730.html>, recuperado: 22 de septiembre de 2011.

“La obesidad un grave problema” 2010 [en línea], disponible en: <http://www.polodemocratico.net/La-obesidad-un-grave-problema-de>, recuperado: 10 de julio de 2010.

“Medicina y Poder”, (2005) [en línea], disponible en: <http://www.liberacion.org/articulos/29/312-medicina-y-poder-un-abordaje-epistemologico>, recuperado: 3 de octubre de 2011 a la 12: 45 p.m.

“Michelle Obama presenta 70 propuestas contra obesidad infantil” (2003), [en línea], disponible en: <http://www2.esmas.com/noticierostelevisa/internacional/america/163770/michelle-obama-presenta-70-propuestas-contr-obesidad-infantil>, recuperado: 22 de Noviembre de 2010.

“Obesos a pagar más de un pasaje” (2010) [en línea], disponible en <http://www.minutouno.com.ar/minutouno/nota/123649-Obesos-pagar%C3%A1n-pasaje-doble-para-viajar-en-avi%C3%B3n/>, recuperado: 5 de julio de 2010.

“Obesidad: Fisiopatología y tratamiento” (2011) [en línea], disponible en: [http://www.medilegis.com/BancoConocimiento/R/Rev\\_cirugiaN3dic\\_obesidad/revicionobesidad2.htm](http://www.medilegis.com/BancoConocimiento/R/Rev_cirugiaN3dic_obesidad/revicionobesidad2.htm), recuperado: 3 de octubre de 2011 a las 11:50 a.m.

“Obesidad y contrapeso” (2011) [en línea], disponible en: <http://www.who.int/mediacentre/factsheets/fs311/es/index.html>, recuperado: 10 de noviembre de 2010 a las 11:53 a.m.

“*Peleando contra la obesidad*” (2010), [en línea], disponible en: [http://espanol.news.yahoo.com/s/ap/100712/salud/rep\\_med\\_peleando\\_contra\\_la\\_obesidad](http://espanol.news.yahoo.com/s/ap/100712/salud/rep_med_peleando_contra_la_obesidad), recuperado: 12 de julio de 2010.

“Prejuicio contra los gordos” (1993), [en línea], disponible en <http://www.acepresa.com/articulos/1993/oct/13/prejuicios-contra-los-gordos/>, recuperado: 10 de diciembre de 2010.

“Quiere ser la mujer más gorda del mundo”, (2010) [en línea], disponible en <http://www.eldiario24.com/nota.php?id=201567>, recuperado: 11 de diciembre de 2011.

“Sibutramina” (2011) [en línea], disponible en: <http://www.nlm.nih.gov/medlineplus/spanish/druginfo/meds/a601110-es.html>. recuperado: 3 de octubre de 2011 a las 12:03 p.m.

### **Referencias de imágenes**

Diferentes tipos de Corsé según la época, disponible en: [elbauldelastrureras.blogspot.com](http://elbauldelastrureras.blogspot.com), recuperado: el 9 de Noviembre de 2011.

Imagen del hombre-cerdo (2011), disponible en: <http://www.blogodisea.com/2009/cuento-nunca-contaron/humor/>, recuperado: 8 de noviembre de 2011.

Imagen de Nelson Gutiérrez, Mister Universo de Bolivia (2011), disponible en: [http://www.la-razon.com/version\\_mi.php?ArticleId=571&EditionId=141&ids=98](http://www.la-razon.com/version_mi.php?ArticleId=571&EditionId=141&ids=98), recuperado: 5 de Noviembre de 2011.

“The Biggest Loser”, (temporada 2010), Disponible en: <http://www.valiomerga.com/2010/06/participantes-del-concurso-el-gran.html>, Estados Unidos, Cadena NBC.

Imagen de Barbie obesidad mórbida (2011), disponible en <http://www.ayquemeda.com/2010/06/29/barbie-obesidad-morbida-mattel-se-actualiza-al-estilo-realmente-americano/>, recuperado: 22 de octubre de 2011.

Imagen de Nancy Upton, (2011), disponible en <http://media.zenfs.com/es-ES/blogs/tendenciasenyahoo/AmericanApparelPOLLO.jpg>, recuperado: 10 de noviembre de 2011.

Imagen de Gordos Organizados del Uruguay, (2011), disponible en <http://es-es.facebook.com/photo.php?fbid=111030432249230&set=pu.111025212249752&type=1&theater>, recuperado: 7 de noviembre de 2011.

Publicidad de Coca Cola de los años 20, (2011) disponible en: <http://flor-colorada.blogspot.com/2009/07/los-anos-20s.html>, recuperado: el 5 de Julio de 2011.

*“Publicidad contra la obesidad: No mencionar la palabra obeso”* (2009) [en línea], disponible en: <http://viviendosanos.com/2009/01/publicidad-contra-la-obesidad-“no-mencionar-la-palabra-obeso”.html>, recuperado: 26 de Julio de 2010.